

City University of New York (CUNY)

**CUNY Academic Works**

---

CUNY Mexican Studies Institute

Centers & Institutes

---

2022

## **Antología Volumen II: Cuento, poesía, relato, microrrelato y testimonio**

Jose Higuera Lopez

*Mexican Studies Institute at CUNY*

Carlos Aguasaco

*CUNY City College*

[How does access to this work benefit you? Let us know!](#)

More information about this work at: [https://academicworks.cuny.edu/msi\\_pubs/6](https://academicworks.cuny.edu/msi_pubs/6)

Discover additional works at: <https://academicworks.cuny.edu>

---

This work is made publicly available by the City University of New York (CUNY).

Contact: [AcademicWorks@cuny.edu](mailto:AcademicWorks@cuny.edu)



**FERIA INTERNACIONAL  
DEL LIBRO**  
DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK

*Te vi como nunca, con toda una vida de amor  
Repose en un instante nuestra juventud  
Oí tu risa que todavía se oye igual*

## **Antología Volumen II:**

**Cuento, poesía, relato, microrrelato y testimonio**

Editores:

José Higuera López

Carlos Aguasaco

artepoética  
press 

**CU  
NY**   
Mexican Studies  
INSTITUTE

# Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York

## Antología Volumen II: Cuento, poesía, relato, microrrelato y testimonio

Editores:

José Higuera López

Carlos Aguasaco



artepoética   
press

Nueva York, 2022

Antología Volumen II: Cuento, poesía, relato, microrrelato y testimonio. Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York

ISBN-13: 978-1-952336-11-9

ISBN-10: 1-952336-11-2

Design and Layout: © Valeria Luján Lossada

Arte basado en el fragmento de Horacio página 59 del libro Remembranzas y crecieron los árboles de la autora Isabel Treviño de Cano.

Editor in chief: Carlos Aguasaco

E-mail: carlos@artepoetica.com

Mail: 38-38 215 Place, Bayside, NY 11361, USA.

© Antología Volumen II: Cuento, poesía, relato, microrrelato y testimonio. Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York, 2022 CUNY Mexican Studies Institute

© Antología Volumen II: Cuento, poesía, relato, microrrelato y testimonio. Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York, 2022 for this edition Artepóetica Press

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law. For permission requests, write to the publisher, addressed "Attention: Permissions Coordinator," at the address below: 38-38 215 Place, Bayside, NY 11361, USA

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial, excepto en casos de citación breve en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitar permiso, escríbale al editor a: 38-38 215 Place, Bayside, NY 11361, USA.

# Contenido

Introducción	7
Cuento	11
Sobrevuelo	13
Peces	18
Un hombre solo	20
El hombre del parque	22
El despertar	26
Doce horas con Emily	27
Poesía	33
¿Y si los girasoles murieran?	35
Sabio	37
Sabores del Alameda	38
Las abuelas	40
Naranja	41
“Catch 22”	42
Círculo vicioso	43
Vergüenza	45
Aria	46
Roosevelt Avenue	48
Sed	50
Pesadilla	51
Olvidado	52
Instinto asesino	53
Puente	54
A Garcia Lorca no le hubiera gustado esto.	56
Momentos en “ <i>The Maids</i> ” de Jean Genet.	57
hombre de américa	59
Añublo	62
La escritura es fuego	63
Lejanía	64
Asedios	65
Relato	67

Oda al Maratón de Nueva York	69
La espera	73
Mi hallazgo	76
Arlés de noche	81
Triunfo final	85
El tiempo de la araña	91
Doña Maye	93
21 días de ti	95
Microrrelato	101
Factores	103
Identidad	105
Caperucita reloaded	107
Los gatos	108
La angustia de Hafiza	109
Testimonio	113
Expulsiones	115
Ciudadanías	118
Heridas	120







## Introducción

Es un hecho: Nada representa mejor nuestra esencia múltiple y contradictoria como la literatura, ese campo de tensiones permanentes en el que florecen la diversidad y el desconcierto de manera simultánea.\*

Rafael Toriz

La Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York es un espacio donde se promueve la riqueza expresiva de la literatura en español en Estados Unidos. Las obras inéditas que se compilan en este volumen expresan la gran diversidad de texturas y acentos que dan cuenta de la infinitud de nuestra lengua.

La Antología de la FIL Ciudad de Nueva York es uno de los proyectos fundamentales dentro de las iniciativas de nuestra Feria, y su objetivo es proveer un espacio de visibilidad y desarrollo para las voces emergentes, así como un punto de encuentro para escritores y apasionados de la literatura en español. Así pues, a lo largo de estas páginas, una pléyade de autores nos conducen, mediante cuentos, microrrelatos, poemas y testimonios inéditos, en la construcción de una comunidad asentada en un entendimiento común y sin límites.

La FIL Ciudad de Nueva York 2021 se logró en un momento excepcional de la historia, en el que una pandemia sin precedentes golpeó a nuestras comunidades y repetidamente nos llenó de dolor y pérdida. Fue un momento en el que el racismo que enfrentamos cotidianamente se hizo flagrante y jactancioso. Sobre todo esto, fue un momento que nos unió y nos hizo resilientes.

Mi gratitud a todos los que se unieron en este extraordinario proyecto y lo hicieron posible. En primer lugar, a José Higuera López, fundador y director de la FIL Ciudad de Nueva York, por no conformarse y trabajar incansablemente para que el idioma español en Nueva York alcance su potencial y sea visible a través de la literatura y la cultura. A nuestra querida productora, Claudia Norman, la mejor aliada que nuestra cultura puede tener, y a Carlos Aguasaco, co-editor de esta Antología y creador de espacios que impulsan la literatura. También a Dejanira Álvarez Cárdenas, quien se unió al equipo de la FIL y lo imbuyó con su pasión por la literatura. A nuestro maravilloso equipo del Mexican Studies Institute: Pablo Jiménez, Coordinador de la Educational Opportunities Initiative, y Brenda Flores, Coordinadora Administrativa.

Al trabajo crucial que, en esta versión virtual de la FIL Ciudad de Nueva York, desempeñaron Karla Mejía en el diseño de la Feria y su sitio web, Claudia Barraza por la promoción en redes sociales, y Luis Rebolledo en la edición de videos.

Dirijo el más grande de los agradecimientos a todas las excepcionales voces que conformaron e hicieron posible nuestro programa: Cristina Rivera Garza, Liliana Colanzi, Richard Bueno Hudson, Delia Antelo, Marco Ramírez, Antonio Córdoba, Elda Cantú, Annie Correal, Andrés R. Martínez, José Enrique Arrijoja, Paola Ramos, Eduardo Porter, Jesus García, , Ivan Thays, Araceli Tinajero, Adriana Harwicz, Moha Gerehou, Jumko Ogata-Aguilar, Norma Iglesias Prieto, Daniel Salinas Basave, Sonia Robles, Daniel R. Fernandez, Fernando Olszanski, Pedro Medina, María Angélica García, Adriana Pacheco, Asdrúbal Hernández, Edmundo Paz Soldán, Daína

Chaviano, Martín Felipe Castagnet, Teresa López-Pellisa, Mariano Villareal, Raquel Abend Van Dalen, Odette Alonso, Keila Vall de la Ville, Silvia Guerra, Nuria Murgado, Paloma Celis Carbajal, Sawyer Broadley, Jill Baron, Óscar Rubén Cornejo, Melissa Padilla, Juan Jesús Payán, Melissa Torres, Mónica Delgado, y Michelle Domínguez

Asimismo, doy las gracias a nuestro Consejo Asesor y colaboradores, como el Instituto Cervantes de Nueva York, The City College of New York Downtown, The New York Public Library, Hablemos Escritoras, Sudaquia, El Diario y a todas las editoriales que se unieron al esfuerzo de hacer accesible a los neoyorquinos la gran bibliodiversidad que caracteriza nuestra lengua.

Finalmente, a The City University of New York (CUNY) y Lehman College, nuestra casa, donde nuestra comunidad es posible y nuestras ideas y proyectos de cultura encuentran un espacio seguro para su expresión y desarrollo.

Stephany A. Cadena Cornejo  
Coordinadora General  
FIL Ciudad de Nueva York, 2021

Notas:

\*Toriz, Rafael: Prólogo. En *Sólo Cuento*. México, D.F.: Literatura UNAM, 2011.



Cuento



Sobrevuelo  
(del libro inédito *Palomas de Nueva York*)  
Guillermo Severiche  
ARGENTINA

Veo edificios, calles, veredas, autopistas y puentes. Aprendí a diferenciarlos. Antes sólo los llamaba casa.

\*

En las mañanas no hay tanto movimiento en las calles. Sé que es de mañana porque me nace cantar y no lo hago.

\*

Él abre la ventana cerca del mediodía, a veces más tarde. Generalmente el ruido me despierta de una siesta. Es una ventana vieja, dura. Saca la cabeza, respira y se vuelve a meter. Yo vuelvo a dormir.

\*

Hoy llueve. Hace frío otra vez. Quisiera poder irme como las otras, las más grandes. Pero aprendí a quedarme, a aguantarme el frío. Me acostumbré.

El frío nos vuelve más resistentes.

Con el frío celebramos mejor el sol, el calor, las tardes, el cielo despejado. Pero hoy llueve y ya debería saber calentarme sin tener que apretarme tanto. La resistencia cansa.

\*

Él sale arropado con una manta, pantalones cortos y se prende un cigarrillo. Un hilo sube de su boca. Mira hacia las ramas. Me ve. Me muevo a otra y me sigue con los ojos. Sabe que estoy acá.

Me habrá visto dormir, comer, ir y venir.  
Yo elegí este lugar, este patio. Él también.  
Levanta la mano. ¿Se estira o me saluda?

\*

Veo calles, veredas, autopistas, edificios bajos de techos pelados, húmedos, con humaredas de vapor, con sillas rotas. Veo patios con plantas verdes aún sin florecer. Una parrilla cerrada, cubierta de polvo, arrinconada en un balcón. Sale el sol. Me apoyo en una rama, reconozco un temblor escondido entre unas hojas y me voy, sin detenerme ni un instante. Aquí hay bestias, ocultas entre detrás del bambú. Se esconden allí para esperarme.

\*

Las bestias conocen el sabor de mi carne, saben separar las costillas – frágiles como los palillos que luego revientan en flor – y encuentran lo más húmedo que llevo en mi pecho. He visto a unas conocidas, lo que dejan de ellas. Sé de su placer.

\*

Tuve un amigo, uno que me seguía. Más pequeño, de pecho más brillante. Apareció una mañana a mi lado en un árbol en el que solía pasar la noche. Empezó a seguirme. Venía conmigo a todas partes.

Un día desperté y junto a mí sólo quedaban pequeños rasguños de un salto hacia el aire. Mientras yo dormía entre las hojas, camuflada, el pequeño no se atrevió a entrar a mi territorio y se arriesgó a cerrar los ojos en la intemperie, dormir con el aire y su breve aliento como protección. Solo quería tenerme cerca, no perderme de vista, aunque fuera riesgoso.

Ya no está. No volví a verlo. Las bestias lo habrán encontrado. A veces regreso a ese árbol.



¿Por qué me seguía? ¿Por qué no le compartí un lugar entre las ramas?

\*

Él vuelve a salir, ya de noche, todavía con pantalones cortos. Lleva otra manta sobre los hombros, de color amarillo. Me despierta con el rechinar de la puerta. Un punto rojo ilumina sus manos y luego su rostro.

Dice algo entre dientes. Aprendí su lenguaje, él nunca aprendió el mío. Dice mañana, dice verano, dice volver.

Yo le respondo. Él mira para buscarme. No fuma, pero aún le sale humo. No me encuentra y se mete. Quizás asustado.

Yo le dije no.

\*

Ayer choqué. Iba a toda prisa por los aires buscando allá abajo un resto de pan en algún rincón. Ya no hay movimiento como antes, ya no dejan caer comida de sus manos. Ni siquiera salen a las calles.

En mi hambre y desesperación, pasé rápido junto a un poste y me estrellé en otro que no logré ver a tiempo. Caí. Luego, de salto en salto, de árbol a techo, fui regresando a mi lugar, mis ramas y arbustos, este patio. Voy a quedarme acá, con hambre, para recuperarme.

\*

Sé que las bestias están cerca. Esperando.

\*

Llevo días sin moverme. No quiero intentarlo. Las flores se abren, hay más insectos en el aire y sé que no es difícil encontrar comida. Pero no quiero arriesgarme.

Veo una abeja que ha caído al piso. Tiene un ala defectuosa, más pequeña que la otra. No sé cómo llegó a ser tan grande, tan gorda, con un ala así de deforme. Se revuelca en el piso y se rodea de pétalos. Un rayo de sol le atraviesa los filamentos del ala chueca.

\*

Él no sale. No he visto más sus pantalones cortos.  
La abeja no se mueve. Una flor, entera, se desprende.

\*

A mi lado aparece un temblor.  
¿Acaso son las garras de la bestia que se asoma desde el bambú? Son unos ojos que ya no temen dibujarse entre las hojas porque saben que de aquí no voy a moverme.  
¿Son ojos?

No.

Veo aire.

Finalmente.

Aire y más aire. Me levanta sin que mueva un músculo.

Veo el sol, más cerca, y las casas y edificios se enmudecen en pequeños cuadros. Ridículos.

También desaparecen las calles por las que pasan las máquinas, las de luces rojas y silbatos que en estos días me han despertado noche tras noche.

Ya no veo garras, no veo ojos, no veo plantas, no veo ramas.

Veo una nube que se forma a mi lado, me envuelve, se abre como si quisiera formar una boca, un pico más bien, y cantar.

Dice eres tú.

Sé una nube, sé de esponja, me pide con voz melodiosa.

Miro a mis lados y mis plumas se disuelven hasta hacerse gas, aire, un camino para otras como yo.

Nunca estuve sola en mis vuelos sobre los edificios y las casas.

Navegaba con ellas, otras como yo.  
Es tu turno, susurra la nube.

Peces  
Diego Niño  
COLOMBIA

—Aló, ¿Liz?

—Sí.

—No cuelgues, por favor. Discúlpame por romper la promesa. Te juro que esta vez es algo importante.

—Juan, sabes que no me puedes llamar. Y menos a esta hora...

—Lo sé, pero te juro que sólo serán tres minutos. Tal vez menos. ¿Recuerdas la última noche que nos vimos?

—No empieces con eso.

—Fuimos a la tienda de mascotas para comprar una pareja de peces. Dijiste que ellos serían testigos de nuestro amor.

—Okey, Juan. ¿Cuál es el punto?

—Esa noche, cuando llegué a la casa, le dije a Maye que yo le había comprado los peces para que la acompañaran. No sabes cuánto le gustaron. Les hablaba en las mañanas y ellos la miraban moviendo sus pequeñas aletas. Parecía que entendían sus palabras y te juro que había veces que daba la impresión de que le sonreían.

—Juan, voy a colgar.

—¡Por favor no cuelgues! Te juro que voy al grano. Una mañana Maye se sintió mal. Empeoró en la noche. Al siguiente día fue a urgencias. Determinaron que tenía cáncer. La enfermedad actuó en silencio: atacó el hígado sin alertar al sistema inmunológico, hizo metástasis en el páncreas... no hubo posibilidad de salvación: murió anoche.

—¿Cómo así?

—Murió. Sólo puedo decir que murió.

—...

—Maye me pidió que cuidara de los peces, que les hablara, les diera de comer... sabes que no soy bueno para cuidar... ni siquiera me puedo cuidar a mí mismo... ya sabes de mi

incapacidad para asumir responsabilidades... además ella está muerta... no quiero cuidarlos... por eso te llamé.

— Espera, no pretenderás que yo...

— No te preocupes: no te pediré que los cuides, porque sería estúpido. Te llamé para decirte que los saqué de la pecera. Primero movieron la boca y las agallas con desesperación. Después lo hicieron lentamente, como si se hubieran resignado a su destino. Siempre con los ojos abiertos, acusándome con su mirada. Los metí en una bolsa y los puse en el ataúd de Maye para que la acompañen en su viaje a la eternidad. Eso es todo lo que quería decir...

Un hombre solo  
Gabriela La Rosa  
VENEZUELA

Cada vez que venías a verme se levantaba un telón y sentía de nuevo el suelo. Me daba cuenta del color verde y los patrones de la pintura vieja en la pared. Punteaba con los dedos mis vinilos ordenados, percibía el olor a aromatizante y jabón que todo había adquirido. Veía las cosas en su territorio, felices de encajar, la cobija hacerse tensa sobre los cojines del sofá y al calendario volver a medir el tiempo.

Era feliz, tú parecías feliz. Olía hasta la ropa tibia recién lavada y era capaz de notar mi cabello duro, corto y blanco estar en mi cabeza. Pero no había manera de sostenerlo, por más que lo pidiera en balbuceos a diario, a solas o contigo en las habitaciones. La vida se alejaba. La nevera perdía su composición y no le hallaba la puerta, así que bebía tres sorbos: desayuno, almuerzo y cena de la misma botella. También lograba vestirme e ir al baño, lo que no era efectivo todos los días en los que no venías, porque el inodoro se me perdía, creo que tenía vergüenza de perder el olor a desinfectante y por eso, se escondía en otra parte de la casa.

Intentaba poner música pero no me decidía, a veces al saber lo que estaba por venir solo encendía la radio y dejaba la interferencia, el ruido. En el corte, en el que la señal se hacía garabatos yo pensaba que tenía que haber mucha gente detrás intentando solucionarlo, intentando que llegara la música, el programa, una noticia. Entonces, con el ruido había gente conmigo, mientras tú llegabas y mientras volvía a pasar.

Aparecieron cuando mi memoria se redujo a un cuarto cerrado y no se han detenido. No son hormigas sino gusanos entre los dedos. Ocurría si estaba sentado o de pie, se subían

a mis rodillas y sentía la mucosidad de sus cuerpos irse acoplando poco a poco al mío. Yo buscaba el sol o desde la garganta imitar la radio para distraerme pero se seguían expandiendo, acomodándose entre los vellos de mis axilas, haciéndose redondas en mis orejas, ahí no aguantaba más. Me lanzaba buscando el lugar donde tenía que haber suelo, queriendo sentir el frío del piso, mi cuerpo haciendo valer la gravedad a golpes, no paraba hasta que se hiciera posible sentir mi dolor, es decir mi carne, y no la saliva de los gusanos adentrándose cada vez más, haciéndome un algo que contenía.

Tú no me mirabas como si yo fuera alguien que solo resistía, tú no te diste cuenta. Desde el principio, fuiste capaz de hablar de otras cosas, invocabas un ritmo. Decías comida, fin de semana, vecino, patio, renta, empleo, limpieza, supermercado, madre, tía, abuela - casi nunca padre-. También decías justicia, condominio, vecino, compartir y arreglos.

Hoy, dijiste gato y compañía antes de dejarme tu animal. Yo no dije nada porque no soy quién para decidir algo. Creo que me gustó la idea, pensé en el instinto animal de gato, en que iba a estar protegido. Por eso, cuando los gusanos brotaron, apreté el gato contra mi pecho. Pero no hubo reacción. El gato era algo tuyo y no podía dejar que se lo llevaran a él también.

Intenté salvarlo como intentaba hacerlo conmigo, busqué el suelo, nos choqué con las paredes. Él dejó de sentir la carne, de hacer ruido. Cuando llegaste los gusanos aún permanecían ahí. Tu gato y mi cuerpo eran rastro. Junto a ti, un otro que me jala desde atrás separándome del gato. Me sacudo mientras te veo sostener al animal, que luego dejas en el suelo. Al verme, ya no eres tú, en cambio tu rostro húmedo es una cosa en la que los gusanos se trasladan para llegar a mí.

## El hombre del parque

Lucia Orellana

ECUADOR

Desde un banco bajo la sombra de una buganvilla, Luz trata de atrapar algo del humo del cigarrillo del hombre que practica tai chi a pocos metros de distancia. Ella dejó de fumar hace varios años, pero a veces siente la urgencia de inhalar. Por más que ahonda la respiración y expande las fosas nasales, no logra capturar ni un ápice de ese humo. La brisa es leve y está en su contra.

Lo observa de cuando en cuando: sus movimientos amplios y lentos de brazos, torso y piernas; sus rotaciones de pies, manos, cuello y cara; su respiración profunda y pausada. No es la primera vez que lo ve haciendo tai chi en el parque. Ese día, húmedo como siempre y soleado como casi siempre, el hombre lleva bermudas beige tipo cargo y una camisa azul claro. De cabello largo recogido en una cola de caballo, tiene un inhalador de vick vaporub insertado en un orificio de la nariz. Luego de diez minutos de ejercicio, el hombre enciende un cigarrillo y se sienta en dirección al río. Fuma con movimientos tan lentos y rítmicos como su danza. Cuando acaba, ejecuta su rutina nuevamente, con algunas variaciones. Antes de cada tanda de ejercicios, se ajusta el inhalador en la nariz. Después se despacha otro cigarrillo.

Su sitio usual es una curva de césped en el parque lineal que corre paralelo al río. En esa parte el parque se ensancha tierra adentro, justo al frente de una cerca que rodea un área en construcción. Es un rincón residencial tranquilo, flanqueado por condominios blancos y altos, alejado de los gentíos de turistas y los restaurantes ruidosos de las Quays que se encuentran hacia el este. Desde que se mudó a Singapur, hace menos de un año, Luz camina por allí con su perra temprano en la mañana. A veces se detienen para reunirse



con otros perros: dos goldies jóvenes y fornidos; un labrador mixto negro; y una perra café que parece ser una mezcla de spaniel con poodle.

La perra de Luz tiene las orejas enhiestas, como si no quisiera perderse ningún sonido. De vez en cuando abandona el tropel y se dedica a oler el césped con la concentración de una catadora examinando una nueva cepa. Luz se imagina que está descifrando los mensajes biológicos dejados por otros perros. Como si estuviera a la vez mirando una telenovela y jugando a encontrar el tesoro escondido. A Luz se le ocurre que ella también trata de embotar su nariz, de comerse por los ojos todos los colores y formas que encuentra, de introducir en su cuerpo las sensaciones que esta tierra nueva le produce. Un regreso al trópico luego de años de vivir entre tardes oscuras y lluvias heladas.

La perra ha vuelto a correr con sus amigos. Luz chequea a su alrededor. Las empleadas domésticas que han traído a los otros perros están entretenidas con sus pantallas. Luz vuelve a mirar de reojo la danza del hombre. Siente sudor en la frente. El calor empieza a tornarse recalcitrante. De pronto, una voz le estremece la nuca.

— ¿Sabe que ese hombre era un millonario? Era dueño de dos edificios en Bishan — dice la señora Phua, una mujer menuda y de mediana edad, a manera de saludo.

El bochorno le estalla en las mejillas, pero Luz trata de actuar como si nada. La señora Phua pasa por ahí a menudo, siempre cubierta con una visera de tela de ala ancha y con su shih tzu en los brazos o en un coche para bebés. La mayor parte de las conversaciones entre ellas han consistido en preguntas personales que Luz contesta de manera elusiva. La diada que forman Luz y su perra tiene ese efecto en los locales. Les intriga que una extranjera tenga una perrita runa singapurense, en vez de cualquiera de los perros diseñados y de marca, tan populares en la isla.

—¿De verdad? —Luz no puede evitar el énfasis en su voz—. ¿Qué le pasó?

—El juego y las apuestas —replica la señora Phua, evidentemente contenta por el interés que ha generado. Mueve la cabeza hacia atrás, apartando de la cara su cabello rojizo cortado a la altura de la barbilla—. Tuvo que venderlo todo para pagar sus deudas. Todo. Ahora vive en un HDB en Havelock Road, solo. Su esposa murió y sus hijos no le hablan.

Luz ha vivido lo suficiente en la isla para saber que algunos HDB son caros y muy bonitos; otros, no tanto. Recuerda haber pasado por esos edificios en particular de camino al veterinario. Parecían pertenecer a la segunda categoría. También ha vivido lo suficiente en la isla para saber que todos los presentes en ese rincón del parque son cómplices o encubridores de la misma transgresión: dejar correr sin ataduras a sus perros. En cuanto a fumar en ese parque, no está segura...

—¿Cómo sabe tanto sobre él?

—Fui su inquilina por cuatro años. A veces sus hijos venían con él a chequear el edificio. Él parecía un hombre serio, siempre trabajando. No sabíamos de su problema.

El shih tzu quiere escabullirse de los brazos de la mujer, demanda atención. La señora Phua le acaricia la cabeza entre las orejas y lo suelta con cuidado, saca una correa de la mochila y la engancha al collar. El perro la mira desde el suelo, como sin saber qué diablos se supone que debe hacer. La mujer lo hala ligeramente de la correa, se despide de Luz con un ademán apurado y continúa su recorrido.

Luz se queda unos minutos más en el banco. El hombre está terminando su ronda de movimientos, que ella reconoce mejor ahora. Empieza a sentir que la ropa se le pega al cuerpo. Señal de que es tiempo de marcharse. Llama a su perra, que se demora un momento en regresar. La perra ha decidido dejar su respuesta en algunos de estos puntos con

alta densidad de olores que estuvo olfateando. Se acuclilla en varios lugares y cuidadosamente destila una o dos gotas de su orine. Como si le aplicara perfume a la tierra. Cuando termina de contestar sus mensajes, se acerca triunfante. Luz se pregunta, vagamente, qué deja ella en retorno. Impaciente, le pone la correa a la perra en cuanto está a su alcance. Van a cruzar por el puente Alkaff hacia el otro lado del río. Mirar ese puente colorido, sólido y grácil también le suele dar placer.

El hombre del parque acaba de terminar su cigarrillo y lanza un silbido agudo y corto. Su perra de raza indefinida corre hacia él inmediatamente. —*Let's go, nosy* — dice, como si le hablara a su perra, pero mirando en dirección a Luz con rostro impassible. Antes de irse, tira la colilla en el cenicero encima del tacho de basura.

Luz deja que la alusión le resbale por cada una de sus vértebras y se aleja haciendo esfuerzos para no voltear y para no apurarse. En el camino a casa piensa que a fin de cuentas ella y él no son muy distintos, aunque su particular adicción a los juegos de azar sea un poco más difusa. Consiste en dejar todo atrás y empezar de nuevo en un lugar diferente cada cierto tiempo, con la esperanza de que, en esa ocasión, la pegue.

El despertar  
Rosario Covarrubias Gutiérrez  
MÉXICO

Ese hombre está ahí tirado, sucio, inerme, acaba de morirse. Lo estoy viendo levantarse de entre la basura, tembloroso, loco, espantado. Se tambalea buscando sostenerse de algo, está descubriendo el mundo que soñó en una pesadilla. Un paramédico lo conduce a la ambulancia, mira a todos lados, detiene su paso cuando quedamos de frente, clava sus ojos en los míos, como si me reconociera, trata de decir algo, pero solo atina a llorar. Le llega un desmayo. Se lo llevan a urgencias. Aquí nos quedamos los demás. Comienza la jornada en el hospital. Es de mañana, huele a medicina, a cloro y a pino. Todos continúan con la limpieza, me quedo a medio pasillo, no puedo asir el mechudo, ni el desinfectante en spray. Mi compañera de piso sale llorando de los cuidados intensivos, va diciendo que me morí. Me doy cuenta de que lo último que soñé fue que venía a trabajar. El hombre que vi llegar me toma de un brazo y me lleva con él, no me habla, ya no llora. Está limpio ahora. Recuerdo que había empezado una pandemia. Camino con él, alcanzo a ver por la ventana mi cuerpo inerte, desconectada de un respirador. Seguramente mi amiga me cerró los ojos. Tengo demasiado sueño.

Doce horas con Emily  
Sally Ochoa  
MÉXICO

A. 8:00 PM  
Querida Emily Brontë:

El reloj marca las ocho, no he podido dejar de mirarlo en los últimos minutos con ese temeroso cosquilleo que me dan las horas nocturnas. Siento tu presencia. Abrazo el libro que ha estado junto a mí en esta cama de hospital donde habito desde hace una semana, en una especie de vigía silencioso que evita la llegada de un final anticipado, dibujado en el rincón como un vaho frío sostenido en el aire.

Te llamo. Un roce apenas perceptible sobre mi mano, me permite saber que estás aquí escudriñando cada paso que damos juntas en este trance nocturno de una enfermedad inexplicable.

Emily, el viento golpea los muros y las vidrieras con el encono de un vengador. Lo imagino como un ángel caído lamiendo sus heridas tras la esquina distante de la pared de piedra. Es como estar de vuelta en las *Cumbres Borrascosas*, esas que he imaginado tantas veces en una lectura obsesiva de principio a fin.

Entiendo bien esas cosas de los imposibles, los amores prohibidos, las pasiones desbordadas y rencores profundos. He corrido bajo la lluvia y las sombras nocturnas en intentos fallidos por hallar un alma similar a la mía. Recuerdo el crujido de las puertas ante la adrenalina de lo prohibido, la búsqueda de una mano a mitad de la noche, la llegada del alba que resulta odiosa cuando sabes que la única felicidad posible estará a tu lado solo por unos minutos.

Lo peor de envejecer, Emily, es darte cuenta que esa felicidad era ficticia.

Los quejidos del viento no me dejan dormir. Es abril y el frío amenaza con romperme los huesos. Me duele el cuerpo y mi respiración se escucha sibilante. Siento la asfixia ocasionada por el virus del COVID justo cuando imagino el largo vestido de Catherine arrastrado por la tormenta.

Necesito volver a tu libro, extraviarme en las páginas, recorrer los pantanos, retomar la relación amor-odio que siempre tuve con Heathcliff y entender su mente atormentada, porque siempre fui más Heathcliff que Catherine o ningún otro.

Aquí, una veintena de personas respiran apoyadas por un armatoste mecánico conectado a un tubo rígido que entra por la boca y va hasta la tráquea. Es espantoso el sonido sincrónico de la inspiración y expiración artificial que opaca la esencia humana, igual que es largo el camino hacia la muerte, tanto como la incertidumbre envuelta en olor a alcohol y cloroformo, antisépticos, antibióticos y antivirales.

Mis manos entumecidas por la tensión se aferran a la cama en un intento vano por evitar que el destino me lleve a otro estadio de la enfermedad y con ello, al fondo del pasillo donde se encuentran las máquinas que venden vida. No quiero ir allá, volver sería difícil.

Un miedo terrible me ataca en las horas nocturnas. En las diurnas la pesadez se alivia un poco ante la presencia de seres enfundados en trajes de astronauta, que te hablan desde atrás de una mascarilla. Sabes que son humanos porque tras las caretas alcanzas a mirar sus ojos. Los he visto llorar en silencio. No sé si es preocupación, dolor, cansancio o parte del miedo colectivo que arrasa con todo.

Ha pasado un año desde el embate mortal del enemigo, Emily, y hay días en los que la desesperanza me gana la partida. Quisiera que todo fuera como antes, a pesar de que ese mundo previo no era el mejor.

La noche avanza, mis ojos se cierran. Trato de evitar caer en el sueño profundo porque la muerte podría aprovechar esos segundos para robarse mis pulmones. Es hábil, nadie se daría cuenta que he dejado de respirar.

Vuelo a las *Cumbres Borrascosas*, donde Catherine y Heathcliff corrieron libres en algún momento. Desde allí velaré mi propio sueño, defenderé mi territorio corporal con un ejército de leucos soldaditos que darán una feroz batalla.

B. 8:00 AM

La noche se ha ido y he dejado de temblar. Es extraño pero las Cumbres lucen diferentes. El hombre de la máscara está aquí, reconozco sus ojos oscuros. Hay una conexión entre ambos, aunque distinta a la de tus protagonistas.

Alguna vez sentí lo mismo que ellos y un recuerdo es lo único que queda. En las tardes de otoño anhelo ser esa "otra yo" que no temía a nada, la adolescente rebelde e idealista que llevaba en el alma a Juana de Arco y a un joven Axl Rose.

No quería ser agresora pero tampoco agredida y de alguna forma me convertí en ambas cosas. Emily, el mundo no tolera lo diferente y arrebata lo que sea necesario incluida la libertad de ser y decidir. Creo que Catherine y Heathcliff fueron víctimas y victimarios de su entorno y de sí mismos. La línea entre el bien y el mal suele ser fina.

Divago. Oscilo entre la ansiedad y la calma. La realidad se deforma en viajes rápidos del presente al pasado y

viceversa. Las cumbres desaparecen, el frío también. Solo queda esta aguda dificultad para respirar. Mis manos lucen como uvas maduras y alrededor todo se mueve. Estoy mareada. Los ojos oscuros me miran con preocupación, se marchan y de pronto todo es desconcierto.

Mis “otras yo” se desprenden del cuerpo. Observan desde arriba. La cama se mueve y me doy cuenta que entre todos la empujan hacia el final del pasillo.

¡No me lleven allá! –suplico-

Nadie escucha. Una nube negra desciende sobre mis ojos abiertos. El sonido de los armatostes mecánicos se escucha cada vez más cerca, la cama se detiene y entonces aparece el temible tubo de plástico. Tengo miedo.

Me aferro a tu mano y la siento distinta. La nube negra permite el último vistazo previo a la inconsciencia. Miro al lado de la cama y me doy cuenta que no eres tú, Emily, sino la muerte que me arrastra desde las *Cumbres* al final del pasillo donde ahora estoy, conectada a un armatoste mecánico que me vende la vida a cuentagotas.







Poesía



¿Y si los girasoles murieran?  
Carolina Bustos Beltrán  
COLOMBIA/FRANCIA

*A Vincent van Gogh*

No morirán  
vuelven siempre  
y en la tela suspendida  
reposarán sus tiernos pétalos

¿Y si los girasoles murieran?

No quedará más pretexto  
que llenar el vaso con agua cristalina  
y dejar que sean de nuevo  
lo que desean ser:  
flores veraniegas  
hojarasca de otoño  
rastrojo de invierno

resto de perfume efímero  
de días tibios que fueron hermosos.

Háblame Théo,  
hermano invisible.

¡Vicent no ha muerto!  
¡Vicent no ha muerto!

Háblame Théo,  
ven a visitarme, el cielo arde.

Cierro los ojos, veo los campos de Arles

Algo nos corta el aliento.

Girasoles salvajes  
relucen en Orsay.

Cierro los ojos, veo los campos de Arles,  
algo nos cortaron después de cercenar el cuello:

Una oreja  
una mano  
un deseo  
un trazo de bruma  
un pedazo de sol.

Sabio  
Keila Vall de la Ville  
VENEZUELA

Mi hijo dice  
que el baile le viene al *brain*  
del cerebro al *heart*  
del corazón a las piernas, los brazos  
las manos y los pies  
y luego al *heart*  
otra vez.

## Sabores del Alameda

Tonia León

EUA

aquí sentada, comiendo  
de lo que brinda esta tierra  
sopa azteca  
enchiladas suizas  
agua de piña

en este zócalo por las sombras  
llega el niño limpiabotas  
-ya me limpiaste los zapatos  
hace tres días-  
aparece la señora con rosas  
rosadas rojas blancas  
pasa el señor de los tapetes  
cuerpo de sombra  
pidiendo en voz bajita  
que compre su mercancía

allá en otra mesa  
jóvenes oaxaqueños  
bien comidos, parlotando  
de filosofía de política de politiqueros  
desde hace mucho tiempo  
dejé de entender  
    de Filosofía  
    de Teorías  
    de Ideas

en efecto, doctorada en Filosofía y Letras  
con otros estudios más  
y bastantes años de vida  
todavía no entiendo nada  
percibo  
    hambre



alegría  
pobreza  
sonrisas

pasan sombras ancianas  
señoras de frentes aradas  
por las sequías de esta tierra  
(aunque no tendrán más de treinta años)  
luego las damas adineradas  
de caras beatíficas  
adornados sus cuellos  
de cruces doradas  
asoman más niños descalzos  
limpiabotas sin zapatos  
una mujer esquelética mugrosa  
hija de alguna madre  
madre de algunos hijos  
con su rebozo roto gris  
pidiendo limosna  
pidiéndome aquí en su tierra  
su propia tierra  
pordiosera ni bonita ni encinta ni niña  
¿qué limosna será tuya esta noche?

y yo sigo comiendo  
enchiladas suizas  
con salsa verde  
aquí en el zócalo de Oaxaca

Las abuelas  
María Concepción Ramírez Sámano  
MÉXICO

Las abuelas que amamantaron mi sed dejaron sus pies sobre la tierra  
para que yo las siguiera descalza, aunque las piedras salieran a mi paso,  
aunque los lobos acudieran al camino;  
sin abrigo -sin atar mi pelo- para que me guiaran por dónde había que ir.  
Las abuelas también dejaron lunas debajo de mi piel  
para dar a luz a los entuertos que guiarán los pasos de mis hijas.  
Las abuelas me hablan en susurros -a veces las comprendo-  
dicen que el amor siempre ha sido el mismo, que igual que yo  
y que mis hijas esperaron al día siguiente para darse cuenta.  
Que levantaron sus manos cada mes en pos de la esperanza  
que ungieron la frente de su hombre y de sus hijos  
y que después de reconocer su nombre, les dieron vida.

Naranja  
Maureen Altman  
PERÚ/EUA

Gira el cristalito,  
el ojo parpadea,  
un trompo  
baila en las manos  
de su horizonte.

Parece el cristal  
una primera bailarina.  
Detrás,  
el naranja  
de mi abuela,  
rojo mezcla de sol  
y agua en la boca.

Hasta que el trompo para.  
Se descalzan mis reflejos,  
el entrecejo me adjunta.

Reclaman  
mis tardes eternas  
de rojo,  
aquella mezcla de sol  
y agua en la boca.

Catch 22  
Juana M. Ramos  
EL SALVADOR/EUA

Famélica, feroces  
ojos devorando pasado.  
Hambrienta  
se da mil vueltas,  
se muerde la cola,  
se enrosca, se arrastra  
y vuelve al bocado que  
la envenena.  
Ahora es dientes,  
mordedura, tarascada,  
es filo, mandíbula,  
ilusa boca  
cándida boca  
voluntariosa boca  
testaruda boca  
reincidente boca  
pordiosera boca dilatada...

Círculo vicioso  
Iliana Rodríguez  
MÉXICO

1

Otro día  
en esta habitación o círculo vicioso.

La ducha, en lugar del sagrado océano.  
El desayuno, en lugar de cacería.  
El trabajo en línea, en lugar de recolección.  
Más comida. Más trabajo.  
(Todo es crepúsculo). La cena.

La pesadilla.  
Sueño con un camino roto  
que me atrapa.

El amanecer. La ducha.

Allá, afuera, la jacaranda  
se desborda en flores.

La envidia en medio de la tarde.

2

De noche, el viento.

No me asomo.  
Calculo  
que arrebatará los pétalos:  
serán gotas de sangre  
en el torrente.  
¿Arrancará también los nidos?

¿Los pájaros irán adónde?

Todo arrastra y hierde.  
Rasga también los sueños.  
Se cuele por los párpados  
hasta mi alcoba en sombras.

3

Una tórtola se posa en la cornisa.  
Su arrullo insistente me recuerda  
las otras aves.

Los colibríes, que no vienen  
desde que talaron  
la buganvilia en primavera.

La paloma oxoniense –o gris–,  
que me anuncia solo lluvias.

Las golondrinas, que reescriben  
el lugar común del cielo  
en mi ventana.

El pajarillo verde en el arbusto que no existe.  
El gorrión doméstico, ubicuo.

El zanate, que en su antigua lengua  
anuncia.

El carpintero, que picotea  
nuestros segundos en el parque.

La canaria,  
enjaulada en mi niñez por siempre.

(Son tan solo resonancias  
las memorias  
en el zureo de esta tórtola presente).

Vergüenza  
Leni Flores  
BOLIVIA

de tanto golpear mis pasos  
    mi silencio formó callo  
        coja impostada  
vagué numerosas estaciones  
    con un guijarro en el rastro  
cáncer portátil anidó en mi camino  
    hasta destruir mis medias y calzado  
        con los pies desnudos  
            solo me quedaba dar un salto  
                y desprenderme de aquella vieja  
piel

Aria  
Natalia Chamorro  
PERÚ/EUA

entra de negro y risueña  
como si supiera  
es que sabe  
el baile que incitan  
sus moños tupidos  
de calles muy húmedas  
y cortas de aire

poco a poco todos se alejan  
como hongo nuclear  
que muere en los asientos y el pasamanos  
con sus muecas de asco  
que ella imita cansada  
en la puerta del reflejo

suenan las campanas

al remesón de la partida  
entumece el cuerpo cultivado  
de corrientes agresivas  
con su mano destilada  
saca de su bolsillo  
un celular imaginario  
que mira con amor  
es que espera una llamada  
que pierde

cuando llega

sale del tren airosa y nublada  
a paso lento arrastra  
su vestido mágico



suelta un aria a los pies de la escalera

sus manos torcidas vuelan

Roosevelt Avenue  
Margarita Drago  
ARGENTINA/EUA

La calle es un espectáculo circense  
personajes sin máscaras pululan la avenida  
se disputan migajas y espacios de sobrevivencia  
dos cuerpos adolescentes fundidos contra un muro  
se chupan se beben se contornean  
ajenos a centenares de ojos indiferentes  
cuatro jóvenes que no llegan a los veinte  
minifalda rosada botas altas de tacón  
invitan con gestos cansinos  
a los lascivos transeúntes  
un viejo con paso tambaleante  
sube las escaleras de un edificio  
tras los pasos de una muchacha  
que le balancea las nalgas  
carritos con venta de frituras  
puestos de verdura y fruta amontonada  
gigantescos trozos de lechón humeante  
dorándose sobre parrillas herrumbradas  
la calle se ha llenado de olores  
de voces y pregones  
el señor de la esquina de la 90  
sentado en una silla desvencijada  
ofrece un veneno que asegura  
exterminar cucarachas y ratones  
su pregón se confunde con la prédica amenazante  
de la mujer que en la otra esquina  
predice el fin de los tiempos  
una vieja apostada en un rincón  
abre su boca desdentada  
suplica ayuda a una muchedumbre impasible  
sostiene en su mano ruda una lata de café  
en la que tintinean escasas monedas

un tren se aproxima sobre el elevado  
que corta y hiere esta porción de ciudad  
el tren se agita pita fuerte  
llevando a cuestas su carga humana  
su alarido mecánico se impone estridente  
por un momento acalla  
tanto pregón y gritería disonante  
no hay una grieta por la que se filtre  
un delgado hilo de luz  
sobre esta geografía que desconoce  
la calidez de auroras y crepúsculos dorados  
no hay dioses que habiten esta tierra de nadie.

Sed  
Linda Morales Caballero  
PERÚ

Soy infinito animal  
volviéndome planta, carta,  
manuscrito, río, vertiente  
que rueda sobre piedras  
y es voz y materia  
en este cuerpo de alucinación.

Soy hambre, humildad  
en regocijo, cadencia de esferas  
que me riegan con su canto armonizador.  
Soy música lozana  
que transpira, y soy sed.

Pesadilla  
Bárbara Vargas  
CHILE

A veces, en la madrugada  
Te vuelves eternidad.

Olvidado  
Lea Díaz  
ESPAÑA

Sintió la llamada de algo remoto,  
Casi olvidado  
Que probablemente había conocido en sueños, en otra vida  
En un tiempo ajeno a los calendarios, no lineal  
El tiempo del alma  
Y ahora aparecía ante sí, real, tangible  
Encarnado en un ser de luz, fuego y magia.

Instinto asesino  
Maribel Arreola  
MÉXICO

Como tantas madrugadas  
y con la eminente provocación  
de tu desnudez junto a la mía  
mi instinto voraz y asesino  
abre el abismo  
que contienen las ganas  
de afilar mis uñas  
para marcar mi territorio  
sobre tu estremecida piel dormida.

Matarte a besos  
y ferozmente poseerte  
con el estrangulamiento  
de mis piernas y mis brazos.

De madrugada mi amor  
solo pienso en mi esencia de vampira  
y en el miedo de perecer  
sin el succionar de la sal de tu membrana.

Justificada razón para quererte ahogar  
con el líquido presto  
de mi húmeda abertura  
hasta que en el clímax del orgasmo  
no pienses en la muerte.

Puente  
Rafael Tiburcio García  
MÉXICO

*y es vieja la luz y la memoria un árbol*  
Jorge Fernández Granados

-1-

Siempre difícil arrancar / de la memoria un recuerdo nítido,  
antes saldrán raíces a los dedos:  
árboles que darán frutos distintos.  
Pasos que no son ya / los mismos pasos de años olvidados,  
cuando los años por venir no eran / enfermedad que tuerce  
nuestra carne,  
cuando la *vida interior* no era *tan pobre*  
y el sol-cénit, guerrero tranquilo, / clavaba su lanza con me-  
nos furia.

Veintitrés mil pasos, día de puente,  
dispersados en una ciudad  
donde el viento se afila entre los cerros,  
¡Veintitrés mil pasos! ¿Cómo lo supe?  
Me lo dijo un *celular*, un teléfono: / lo habitual en este siglo.

Tres rodeos a la ciudad y una llamada:  
*Que no me entran los nuevos zapatos / a causa de tantos pasos, /  
que mi madre nos invitó a comer / los tacos que a ti te gustan, / que  
hay un lugar donde preparan / la carne con especias, / que la tarde  
continúa soleada, que los profesores andan sueltos, / que es quince-  
na y las personas profesan / una furia subconsciente: el poder / que  
les da empuñar unos billetes.*

Pasos testigos de placeres harto diminutos:  
un raspado de rompopo,  
una hebra de azúcar / que los niños persiguen en el aire,



plátanos con crema, cebolla, perejil,  
gusanos sacrificados en una sartén,  
palomas en los edificios coloniales, / ratas en las jardineras,  
una chica bien formada dando vuelta en la otra esquina;  
los vagos del mercado (rodearlos como a perros),  
el *crimen organizado* cobrando sus cuotas en Los Portales,  
el llanto en la otra acera: una madre / arrastrando a su hijo  
del brazo;  
el *acto de contrición* garabateado en un papel,  
tres veladoras para el altar,  
veinte arreglos florales, una estrella, una herradura  
y un pequeño ramo de azahar y tulipanes  
que meses después se comerá el perro;  
el perfume de una joven que detona recuerdos tristes;  
el kiosco donde los viejos, algunas tardes, / se visten de eti-  
queta y bailan danzones,  
la ventana del hotel donde, hace un año, / lanzamos aviones  
de papel tras el desfile, /  
con poemas eróticos o urbanos / que al final sólo los  
niños recogieron / y arrojaron a los botes de basura,  
un globo que se arrastra por la banquetta,  
helado derretido pegado a los dedos  
y en el cielo, la nube ocasional: / breve descanso del  
sol-incendio.

A García Lorca no le hubiera gustado esto  
Pedro Mieles  
ECUADOR

De qué sirven los arrabales y el viento, si la gente no llora con la pena del pueblo. De qué sirve el arte, la escritura, la escultura, si tan solo sirven para dejar inmaculada la hermosura y la belleza. De qué sirve el cuerpo si tan solo es un fragmento del tiempo. De qué sirve la mentirosa métrica, si solo representamos lo que nos dicta la imagen de nuestras plegarias. De qué sirve la sacra amapola, si tan solo contemplamos el florecer y la mañana con su rocío, mas no la noche y su penumbra. De qué sirven estos versos, si no sabemos la realidad de nuestra sangre.

¿De qué sirve la belleza si tan solo es un símbolo de admiración?

La estirpe infinita, solo es el ocaso de un sueño autóctono: la figura de minotauro corriendo desmesuradamente por los fuegos del averno, mientras el dragón alado carcome la realidad.

Toda la historia se fecunda en las pupilas de una Madonna sin rostro. La imagen que se extiende ante nosotros nos da el gozo y la algarabía. Afuera, niños y mujeres y ancianos y hombres sin nombres ni lugar, rezan frente a una fogata en medio de piedras y ríos, en medio de la desolación. Y nosotros solo: esperamos y esperamos y esperamos: con el tórax abierto esperando una flecha muerta envuelta en llamas. Ignorando con el más mínimo detalle la existencia del otro.

Vuelvo y repito:

A García Lorca, no le hubiera gustado esto.

Momentos en "*The Maids*" de Jean Genet

Roberto Mendoza

MÉXICO

Una mucama escupe a su patrona.  
Hay un vidrio de por medio.  
La mucama se ve reflejada en ese espejo,  
limpia el escupitajo y se borra a sí misma.

El cigarrillo tiene lo suyo:  
la manera de vestirse con el humo,  
las cambiantes volutas de los gestos,  
quemar y dejar atrás a la otra persona.

La mucama entiende aquello del vestido de seda.  
Sin embargo, al ponerse el vestido  
éste queda como una muñeca hueca:  
mucama y mona desaparecen simultáneas.

Los perfumes disfrazan  
la podredumbre de las sobras,  
los fuertes olores de la cocina  
transparentes e *intocables*.

Su amabilidad la está matando:  
sus maneras gentiles,  
la facilidad con que obsequia lo que ama  
la humillan más.

Los labios de la patrona sorben apenas unas gotas.  
Como perlas se le escurren una a una  
y caen de nuevo dentro de la taza  
como en un joyero.

Reparto:  
La mucama interpreta a la patrona.

La mucama interpreta a la mucama.  
La patrona sólo se interpreta a sí misma.

hombre de américa  
Gustavo Gac-Artigas  
CHILE

nací sin pasado  
y sin embargo mis pies pisaban  
historia

un templo de piedra  
una escalera que subía al infinito  
para acariciar al sol  
una escalera que bajaba a las profundidades  
para fecundar la madre tierra

un corazón ensangrentado  
palpitando en mis manos

intentaron olvidarme  
y soy pura memoria

me impusieron otros dioses  
y escondí los míos bajo su piel

me trataron como animal  
y los animales sedientos de riqueza  
eran ellos  
los que intentaron dominarme

me refugié en las alturas  
bajo las alas del cóndor  
y me escondí bajo la tierra  
en oscuros socavones  
para sobrevivir

amé las nubes

pero fecundé la tierra  
para dar fruto

me liberé de los conquistadores  
en sangrientas guerras  
para caer en las garras de dictadores  
tras sangrientos golpes de estado

los primeros se apropiaron de mi lengua  
y me impusieron lengua desconocida

la mía se fue perdiendo en el tiempo  
la nueva me mostró el poderío de los amos

me enseñaron el sentido  
de desigualdad  
de obediencia

en la desigualdad me rebelé  
en la obediencia aprendí a desobedecer

violaron las mujeres de mi tribu  
y me hicieron mestizo

en el mestizaje aprendí a crecer  
a reencontrarme  
a revivir  
a rebelarme

nacé sin pasado  
y mi pasado regresa  
galopando en el viento  
cabalgando en la cordillera

mi pasado  
poncho al viento  
renace  
revive

se apodera de la historia  
de la palabra  
del presente  
del futuro  
mientras mi corazón ensangrentado  
galopa al viento llevando a cuestas mi continente

Añublo  
Johann de Medina  
MÉXICO

Callaba detrás de la basura la muerte de la infancia,  
heno sobre árboles de trigal incoloro,  
espigas del alma sangrando en las muelas,  
congojo de sombras que se anida en el pecho.  
La madre de la infancia grita,  
se desgarrar, persiste,  
deshilacha un lagrimar en las horas  
sobre la fosa común de su hijo,  
añublo sin cuerpo de la patria.  
Quizá valga más la pena reír un poco,  
nombrar al llanto de las madres en el centeno,  
traer de vuelta a esos niños  
como lentejas en las nubes,  
un revés al dolor en las palabras.



La escritura es fuego  
David Ornelas  
MÉXICO

Cómo quieres  
encontrar tierra firme  
en esta oscuridad

en algún lugar  
escondí  
la vela  
que de todas formas  
no alcanzaría  
para orientarnos

en el patio  
la noche es clara  
pero pican los mosquitos

dame las llaves  
yo bajo al pueblo  
a comprar  
lo que hace falta  
pero préstame  
tu monedero  
porque estoy  
en quiebra

yo sé bien  
que no se puede  
escribir  
sin comer  
pero es posible  
y es nuestro deber  
escribir  
con fuego en la garganta.

Lejanía  
Gian Pierre Codarlupo Alvarado  
PERÚ

Detenerse de súbito en las esquinas:  
esperar que pase el auto, el microbús o un tráiler.  
Hacerse añicos. Tener miedo de cruzar.  
Viceversa. Cruce de palabras.  
Que se te reviente en flores la cabeza,  
en nieve, en espuma.

Que una persona te cuente sus avatares:  
*No me acostumbro aquí. Hace frío.*  
Ahora escuchar canción lejana  
de tu lejana alegría  
en un cuarto donde entra un país, una cama de plaza y me-  
dia,  
tenedores, zapatos, una vida.

*Mírame.*  
*Nací en una isla donde no se articula lenguaje.*  
*Balbuceo ilusiones.*  
*Ya no canto, escupo, maldigo.*

Asedios  
Francisco Marín  
CHILE

El asedio de las micros,  
un chico se desvive,  
debe cruzar la calle.

Camina despacio  
entre la muchedumbre alborotada,  
tiene que hacerse paso  
entre tanto sudor.

Refulgen los escaparates  
de la ciudad triste y soleada.  
Ya no hay cobijo  
en el país de las hostilidades.

Se tuercen los calendarios,  
porque siempre es lo mismo  
como tarjeta postal.

El chico llega a casa  
y está solo.  
Los padres siguen trabajando.

Se prepara un pan con queso  
y mortadela,  
mientras en la TV  
anuncian nuevos decomisos  
de droga o pobreza.

Se acuesta mirando la ventana.  
Sonríe.  
Bien podría ser mañana, piensa,  
cuando el día por fin se ilumine  
por el fuego de las barricadas.



Relato



## Oda al Maratón de Nueva York

Ricardo M Coloma

ESPAÑA

El predecible final del último día del año 2014 me encontró aún así desprevenido, muy lejos de una mesa alargada con gente — ¡Oh, mis *roomates* añorados! — alrededor de un pavo o siquiera un plato de uvas. Iba corriendo por la nieve y llegaba tarde. Doce meses, me dijeron. Nadie dura más de doce meses en esto. Tenía los pies empapados porque los metí no menos de una decena de veces en esos charcos que cubren hasta la rodilla, altaneros, en cada cruce de la Quinta Avenida. Ni siquiera me libró de ello el consejo de Mani de que llevase doble media y que las atase bien prietas con un nudo marinero, aunque fueran unas Nike Zoom nuevas. Siempre admiraré de Mani que nunca habló por cumplir. Jamás contestó un y-tú-también ante un halago o una ofensa. Al igual que Mani, cuidaba las palabras, tampoco las regalaba. Las elegía una a una en carrera, en lo que oteaba lo que ocurría en las calles más próximas con un parpadeo nervioso. Quizá por ello parecía moverse más despacio que nadie, cabalgando sobre unas Adidas Gazelle desgastadas y apretadas como torniquetes sobre unas medias de fútbol verdes.

Competidores por antonomasia, Mani y yo corríamos por la misma avenida cada noche a una velocidad cómplice y a veces me preguntaba si sudaba tanto como yo por dentro del abrigo. Aquella noche por poco me lleva por delante un Party-Bus en la Calle Treinta y Dos con la Sexta Avenida que parecía apurado por llegar al Madison. El conductor me reprimió con un bocinazo y yo lo saludé de vuelta como si no pasara nada. En verdad no ocurría nada y todo estaba en orden. Aquello que había sucedido y lo que quedaba por venir estaba planificado y jamás hubo accidentes. Todo formaba parte de un proyecto mayor — ¡Oh, Tata Consultancy Services! — Se trataba de una carrera patrocinada y producida.

Cuarenta minutos antes de la carrera, Moshe parecía nervioso. Se acicalaba los tirabuzones con más frecuencia que de costumbre y le sudaban las manos. Incluso forzaba menos su acento jasídico hacia un inglés neutro cuando se dirigió a darnos las instrucciones sobre el mostrador. Volvió de la trastienda con las tres bolsas de cada noche, del tamaño de una bola de tenis. Esta vez no eran de terciopelo. Estas bolsas parecían hechas de una tela gruesa cortada de una colcha de flores; del cariño que rezumaban parecía que respiraban, como una membrana viva.

El tipo tampoco aclaró quién era el *chaser* —el que corre como loco al despiste con los hierros que parecen oros—, el *blocker* —el que acompaña al *shooter* y lo cubre por si le dan el palo— o el *shooter* —el de los oros que oros son; el *real delivery*. Hoy los tres hasta el final, como galgos —dijo. Comentó que esta noche todo el mundo estaría borracho o encocado o algo peor; que por eso era el momento para hacer aquello y sonrió al aclarar que en aquella subasta de año nuevo nadie preguntaría de dónde procedía lo que llevábamos.

Con el portazo de salida de la joyería, que hacía las veces de pistoletazo de salida, comenzó la duda sobre quién era el *shooter* y quién el *chaser*. Sobre servidores y servidos. Sobre lo falso y lo auténtico. Sospechamos que Bryan era el de los oros cuando el tipo empezó a tomar la delantera al final del puente que nos dejaba en Manhattan. Luego esprintó en la calle Orchard hacia el Lower East Side, justo cuando perdíamos de vista esa cúpula decimonónica del Williamsburg Savings Bank que parecía la montaña del huevo gigante del Zelda.

Con todo, el Bryan nunca fue tan sobrado como creíamos. Aunque enfiló la Avenida Madison, lo avistamos entre calles cada vez más fatigado a la altura de la Catorce, la Veintitrés y la Veintiocho. En *nuestra* Quinta Avenida las cuidadas palabras de Mani operaban una vez más sobre el espacio.



Lo conjugaban en futuro. De Mani aprendí que una plaza correctamente enunciada era la soledad, que un semáforo era una oportunidad de ser atropellado, que los escaparates de Macy's eran las ruinas de Detroit; y que el deseo de algo que es imposible, tan preñado de vida, en verdad termina en la muerte.

Al llegar a la Calle Cuarenta y Dos con Bryant Park, el último kilómetro del trayecto nos recibió con una lluvia fina; el rocío de los que se saben vencedores. Costaba creer que ya fueran doce meses; que nadie durara más de doce meses en esto. La geografía de luces del Rockefeller al fondo asomaba en nuestras pupilas ante un río de taxis amarillos ya extintos. Desde Times Square sonaba la cuenta atrás hacia el año nuevo y la esperada actuación de Pitbull —Mr. Worldwide—.

Ni mi heroico tirón justo a tiempo pudo evitar que Mani metiera el pie en aquel charco que resultó ser una alcantarilla sin tapa. Los diamantes en cascada hacia las cloacas no sonaron a plástico. Con tres cuartos de bolsa de diamantes perdidos, sumados a una rótula desencajada y un tobillo roto, comprendimos que todo había terminado; que Mani nunca más podría volver sobre sus pasos. Aquella membrana sobre el asfalto era piel muerta; una tela vieja y sucia.

Escuchando las letras megalomaniacas de Time Of Our Lives de Pitbull de fondo, Mani me confesó sin derramar una sola lágrima que las despedidas no se pueden conjugar en futuro; que ni siquiera el lenguaje da para tanto; que de todo esto solo quedará el recuerdo. Imitando su parpadeo nervioso me guardé mis palabras de despedida. Me conformé con sentir una última vez el rugido de sus tripas en aquel abrazo silencioso.

En la misma puerta de servicio de Sotheby's en la Calle 57, Bryan Kauffman García Sosa-Strulowitz descubriría que llevaba una bolsa de diamantes chuecos. No es que fueran

robados como los que perdió Mani o de plástico como los de mi bolsa. Estos eran falsos. Sencillamente no valían nada.

La espera  
Jenifer Perez Tejeda  
REPÚBLICA DOMINICANA

Con los ojos avispados esperaba en la ventana, estaba de pie frente al desnudo de cortinas de aquella lumbreira transparente, mientras observaba con sigilo todo lo que pasaba fuera, no quería perder ni un ápice de cuando él apareciera. Todo se veía diferente, podía asegurarlo, los pájaros parecían hacer algún tipo de fiesta natural. El sol se hacía parte de la danza, mientras la brisa fresca que no sentía bebaba con ternura cada árbol en el cual se posaba mi mirada.

Todos estábamos felices ese día, hasta nuestro perro, Odie, un labrador de ocho años, al cual miraba de soslayo que se lanzaba a sí mismo una pelota con la que jugaba con él; puedo augurar que sentía que pronto él la tomaría y se la lanzaría, y mientras, tenía que practicar.

El desayuno menguó en la mesa. Ese día la rutina se había sujetado a todas las anomalías; yo, por mi parte, las galletas de hace varios días horneadas fueron las que abrazaron mis instintos naturales de hambre a las dos horas de estar allí esperando. Mi madre pretendía no estar muy pendiente de que el automatismo que había vivido con nosotros durante esos ocho años en que él no estaba, lo habíamos barrido al desagüe sin querer esa mañana; mientras ella, sus rápidos movimientos en la cocina pertenecían a esa íntima espera a la que aguardaba para estar lista, no lo decía, pero lo veía. Ese día no me recriminó el por qué no desayunaba, pues ella misma tampoco lo había hecho, solo un café besó sus entrañas mientras alistaba todo cuando veía mal ubicado en la estancia.

Entre tanto, yo, con un grito sordido y detenido en el aire, vi como un taxi llegaba a la entrada de la casa. Al

correr a la entrada, vislumbre con desaforo y desilusión que eran mis abuelos, los cuales habían llegado; dejé la puerta abierta y volví a instalarme en el mismo lugar, porque mis atenciones estaban ese día resguardadas solo para él. Así que al ellos entrar por la puerta, les propiné un beso en el aire sin despegarme de mi aliada: la ventana; no reprocharon el que no haya ido abrazarlos y besarlos, como sus mejillas estaban acostumbradas, así que se acomodaron en la sala después de saludar con armoniosa familiaridad a mi madre. Todos estábamos distraídos, contaminados de felicidad ese día. No hacíamos pensamientos a detalles que rompieran el hechizo, queríamos estar así, hasta que lográramos completarlo a su llegada.

Nadie más que yo ansiaba ese día, aunque debo de admitir que mi madre lo disimulaba muy bien, pero lo veía en sus ojos, aquellos que eran ocultos a través de unos lentes de sol que se probaba delante de los abuelos ese día; pero sus ojos lo decían, ella también lo esperaba; no tenía puesto su mejor vestido, para no estar por encima de la situación, pero estaba hermosa, incluso creí ya no verle algunas pequeñas arrugas que se avecinaban en la orilla de sus ojos, ésas que crecieron estos últimos años.

Ellos se entretenían con el comentario del día y los afanes pendientes; yo, con la chispa de verle descender de uno de los tantos autos que seguían pasando sin detenerse. Entonces fue así, como una pregunta me haló la mirada de atención por un instante.

– Mi amor, ven siéntate con tus abuelos, ya tienes mucho tiempo allí parada ¿no te duelen los pies?– Me decía la abuela con cierta dulzura.

– No, abuela, más me ha dolido la espera durante ocho años, que los pies que sostienen mi esperanza de verle ahora. – Repliqué sin dejar de mirar por la lumbreira.

Segundos después, me sorprendió ese auto negro con banderines del gobierno, pensé que llegaría en taxi, pero por fin había llegado. El auto hizo eterno el momento de detenerse y comprobar que estaba en la dirección correcta, fue entonces cuando me apuré con recelo a la entrada y corrí a su encuentro, todos en casa se alarmaron, hicieron un eco de gozo y algarabía: «¡por fin había llegado!»

Todos, hasta Odie, iban detrás de mí, mientras veíamos claramente en ese solsticio de verano los rostros de extraños que salían del vehículo. Entre tanto, con enigma, busqué entre los tres a quien esperaba que saliera, pero no, no estaba allí, ni entre ellos, ni en el auto que minuciosamente había buscado. Mientras volteaba para deshacer a aquellas personas con preguntas, vi cómo mi madre se desplomaba en un piso que no le daba buena bienvenida a sus rodillas, las cuales chocaron crujiendo en un piso que las laceraba. Ella se encontraba en una conjugación de pequeñas manchas de sangre que salían de sus piernas en el suelo y lágrimas que hurtaban su escaso maquillaje. Mis abuelos se abrazaban, mientras los militares caminaban delante de ellos con una bandera alisada en un triángulo, extendiéndolo con respeto y devoción, como si entregaran el último hálito de vida de mi padre; yo entre tanto, sabía que ya no le veríamos, que ese día, la espera, había terminado.

Mi hallazgo  
Dora Przybylek  
PERÚ

En mi cama, desnudo, desperté transpirado a pesar de que las ventanas estaban abiertas de par en par. Las cortinas volaban como gaviotas blancas y grises pero, por el fuerte sol de Cartagena, mi transpiración había empapado las sábanas de satén. Mirando por la ventana, me parecía extraña la calle, las casas, las montañas y hasta el mismo cielo, las nubes o muchas veces la falta de ellas, ya que en mi tierra llovía mucho y el cielo siempre estaba nublado. Parecían años, sino décadas, el tiempo transcurrido. ¿Cómo era posible que en tan poco tiempo mi realidad había cambiado por completo? De ser hijo de papá y mamá toda mi vida, de depender siempre de ellos y de ser todo mi mundo mi norteañina ciudad de San Jacinto, ahora estaba a miles de kilómetros de todo eso. Los extrañaba, claro que sí, pero ésta era ahora mi vida, mi ciudad, mi historia.

Y es que todo empezó ese día, apenas en mi segunda semana de clases en la Universidad Nacional de Cartagena, en el Programa de Aeronáutica y Ciencias Espaciales. Siempre me gustó todo lo que fuera ciencia y el espacio me fascinaba desde pequeño, al punto de decir, entre bromas -aunque hasta ahora pienso es cierto- que vengo de 'allá', que soy un extraterrestre. Al decidir qué carrera seguir, como también me gustaba mucho tocar el piano, los instrumentos acústicos, también los de cuerda, pensé en estudiar música, quizás para enseñar o ser parte de un grupo musical local, regional o incluso a nivel nacional. Al final decidí por estudiar ciencias y eso me trajo a Cartagena.

Todo era alegría y novedad la primera semana pero poco a poco me di cuenta que tendría que poner seriedad en mis esfuerzos para lograr una carrera. Las matemáticas, la

física eran realmente de un nivel desafiante que solamente se volverían más difíciles cada día. Era increíble que apenas en mi segunda semana ya estuviera tan preocupado en lo difícil de la carrera, en lugar de pensar en lo divertido que era tener 21 años, estar en un país extranjero, estar solo, sin papá ni mamá ni hermanos que interrumpieran mi diversión. Y es que esa era mi tendencia, de preocuparme a veces demasiado, de pensar y analizar más de lo necesario quizás. Pero al mismo tiempo, siempre fui un buen alumno y esa preocupación, para otros en demasía, había resultado buena para lograr mis éxitos a la corta edad que tenía.

Fue en esos días de profunda introspección sobre mis estudios que algunos amigos, cuando yo ya estaba listo para ir a la cama, me convencieron de ir a una fiesta de un amigo de una amiga del amigo de otra amiga de uno de ellos. Primero contesté categóricamente con un 'no', ya que tenía clases temprano y ese curso era nuevo para mí. Nos habían dicho que la catedrática que lo enseñaba era muy severa y firme y que el curso era uno de los más duros de los primeros dos años de la carrera.

Cambié mis pijamas por una camisa de seda azul eléctrico que mi antigua novia Cachita me había regalado para mi cumpleaños, el día que rompí con ella y le anuncié mi viaje a Cartagena. Según ella, los colores fuertes iban conmigo -aunque también me había dicho que los colores pasteles me favorecían. Cachita siempre decía que yo era muy guapo pero no me convencía de ello. Mis amigos pasaron a recogerme y contentos fuimos a la fiesta.

Llegamos al lugar y a decir verdad, pasé horas muy divertidas. Al final nunca supe de quién era la fiesta ni el cumpleaños pero no me importó. Las chicas eran bellas y deshinibidas. Estaban listas para coquetear conmigo y eso me hizo sentir seguro de mí mismo. Conseguí el número de un par de ellas, no vivían demasiado lejos de mi apartamento. Quedamos en ir a la playa juntos la semana siguiente.

Poco a poco muchos empezaron a marcharse y quedamos apenas unos seis o siete muchachos y muchachas, estábamos bailando, riendo. De pronto me di cuenta de que, desde una esquina, me miraba con interés y casi con una coquetería desafiante, una bella rubia, medio gordita pero con unos ojos azules que brillaban como dos estrellas. Era bella, no lo podía negar, pero lo que más me cautivaba era su seguridad y el 'hambre' con que me miraba. Ya solamente quedábamos ella, el amigo que me llevó a la fiesta y yo. Fue entonces que me di cuenta de que era suyo el apartamento y el cumpleaños. Mi amigo, que no era tonto, notó que algo había entre nosotros dos así que con un guiño se esfumó dando una excusa. Quedamos solos, mi bella desafiante y yo.

Adriana, que era su nombre, no habló mucho sino que me arrinconó sin decir una palabra y empezó a besar mi cuello, mis labios, mis orejas y me susurraba muy cerca de ellas, haciendo que mi piel se erizara de pasión. Recorría sus dedos por mi cabello y me abrazaba muy fuerte sabiendo que yo correspondía cada movimiento suyo y que mi cuerpo reaccionaba y que se lo demostraba. Me llevó jalando de la camisa hacia el fondo del apartamento donde estaba su habitación. Abrumaban mi ser por completo los aromas, los sentidos, los sabores, los gemidos, era el paraíso y el infierno en una misma cama. Nos amamos con locura, como solo dos jóvenes y sin preocupaciones pueden hacerlo cuando dan rienda suelta a sus pasiones. Quedé dormido entre sus senos amplios y blancos, con pezones rosados como unas orquídeas. Cuando abrí los ojos era de mañana, transpiraba y las cortinas volaban por el viento que corría. Sentí vergüenza de estar desnudo pero para alivio mío, Adriana no estaba en la habitación. Miré mi reloj y eran las 7:30 de la mañana. Mi clase empezaba a las 8. Me vestí muy rápido y salí corriendo hacia la universidad aunque no llevaba cuadernos ni libros pero sabía que no podía dejar de faltar al primer día de la clase más difícil de los primeros dos años de la carrera, como decían todos. No encontré a Adriana por ninguna parte. Un



alivio para mí. No tuve que explicar nada. Y aunque lo pensé, tampoco dejé una nota porque no sabía qué decirle.

Llegué a la sala de clases. Todos los asientos estaban ya ocupados. Había unos seis alumnos de pie así que me paré junto a ellos. Entré por el costado ya que la maestra estaba de espaldas y pensé que así podría evitar un papelón. Cuando estaba dando la vuelta y tratando de no estorbar a los demás, escuché una voz de fuerte y firme que decía 'usted, el de la camisa azul'. Se refería a mí. Era una clase grande y apenas podía ver a la maestra. Me esforcé para contestar, empujándome y me di con la sorpresa de mi vida: ¡La maestra del curso más difícil de los primeros dos años de la carrera era Adriana! Me puse del color de un tomate. Pensé que todos me miraban. Seguro que nadie se dio cuenta pero yo sentía que el corazón se me salía de la vergüenza.

Si me preguntaban qué se dijo ese día, no sabría qué contestar porque no presté atención al primer día del curso más difícil de la carrera.

Terminó la clase y Adriana esperó que todos se marcharan y me habló en una voz como un susurro y con humor y con tono de mando que tenía. Me dijo, 'Pasé muy divertido anoche. Estoy sola estos días y no me gusta estarlo. ¿Quisieras ser mi novio, Alejandro?' Quedé atónito. No sabía qué me sorprendía más: su proposición, la noche anterior en que me llevó a su habitación o el saber que era mi maestra. No lo pensé ni un segundo. Además, con la seguridad con que se conducía, yo casi lo tomé como una orden, una orden que me gustaba. Me volvía loco su belleza, su ímpetu, su decisión. Me encantaba.

Pasamos meses increíbles. Aprendimos mucho el uno del otro. Transcurrió el tiempo. Fue un amor de los puros y buenos, digno de contar. Contar detalles representa minimizar la magnitud de nuestro amor, ya que un sentimiento tan grande y de tanta pasión, tan inmenso, sería fraccionarlo.

Al mismo tiempo, si los detalles se toman como momentos especiales, entonces enaltecen todo evento y sentimiento. Es cosa de gustos y además, a veces es precisamente de lo que se trata al hablar de gusto, de dejar al que nos lee con el gusto de la incógnita. De cualquier manera, aquellos que han amado sin corazas y puramente saben de lo que se trata. El detalle que quizás pueda añadir es que yo tenía 21 y ella 34 y su temido curso era "Introducción a la física del Plasma Espacial".

Ahora, años después, décadas después, ella con su vida, su familia, su carrera, yo con mis dos hijos, mi familia, mi historia, mi carrera, unidos, pero separados, continuamos amando la esencia del otro. Siempre habrá un lugar y un momento para retomar la conversación dónde la dejamos. Moramos en el corazón del otro.

Y hoy, con mis casi cuarenta y cinco años, pensando y repensando, como suelo hacer, estoy en mi cama, desnudo, transpirado a pesar de que las ventanas están abiertas de par en par. Las cortinas vuelan como gaviotas blancas y grises pero, por el fuerte sol de Cartagena, mi transpiración ha empapado las sábanas de satén.

Recuerdo el ayer como si fuera hoy y quizás sea, como siempre dijo Adriana, 'que el tiempo no es lineal'.

Arlés de noche  
Luz Stella Mejia  
COLOMBIA/EUA

Me gusta mucho ir al Café en la Place du Forum. Para mí es uno de esos sitios que desde lejos ya nos atrae por la promesa de paraíso que destila, como un refugio de almas desquiciadas que buscan la compañía de sus semejantes, para paliar las noches de fantasmas que los pueblan en sus sueños. Cuando hace frío me gusta sentarme adentro, en la mesa del fondo, bajo las lámparas inmisericordes que me desnudan de pensamientos, invocando imágenes violentas por el rojo sangre de las paredes y visiones de campiña serena con el verde apaciguado del techo. Por eso me gusta, porque es un lugar donde me puedo volver loco. Desde mi mesa puedo observar la actividad de los seres nocturnos y solitarios que vienen, como yo, a engañarse con la falsa compañía. Sentados frente a su botella, o jugando una partida de billar que no atrae a nadie. ¡Estamos todos tan solos! Pero estamos juntos.

En noches claras me gusta sentarme en la terraza del Café frente a la Plaza, bajo esa luz, más amarilla, si cabe, por el reflejo de sus paredes pintadas como si de un campo de girasoles se tratara. La noche luce aún más oscura por contraste, con las estrellas brillando, cada una queriendo ser la protagonista del telón nocturno. Las noches de Arlés... Vaya, ¡son únicas! Nada como sentarse a la orilla del Ródano a contemplar la noche. Ese cielo parchado de varias gamas de azules, azul cobalto a ratos, o azulado apenas, claro como un velo, los astros brillando en el cielo con su halo de patitas de araña, y el reflejo de las luces costeras en el agua, estelas luminosas, caminos estelares. A veces se pueden ver parejas de enamorados que pasean en la orilla. El otro día me llamaron especialmente la atención dos ancianos que caminaban tomados del brazo. La mujer recostaba ligeramente

su cabeza en el hombre. Me conmovieron, porque a pesar de caminar con dificultad —parecían un par de viejos camino al hospital— algo en su definición rememoraba cierta placidez y picardía de recién enamorados. Parecían tener afán de estar solos para demostrar sin pudor un amor nuevo.

También me siento en la cima de la colina de los cipreses en Saint-Rémy de Provence. Me gusta contemplar la noche sentado frente al sanatorio, donde veo a mis pies el pueblo regado, a mi lado el ciprés alto, recortado contra el cielo, y las estrellas que danzan en el fondo nocturno, arremolinado, iluminado a veces, por esa luna creciente, esa hendidura de luz, como una pupila triste. Es un paisaje que no me canso de contemplar. La noche estrellada: las estrellas no son ese recuerdo de luz extinta, son brasas vivas rodeadas siempre por ese halo lloroso, como vistas a través de las lágrimas, perdiendo su contorno definido, ampliándose e intensificándose.

Durante el día me gusta pasear por el campo. Los cipreses, siempre tan dramáticos, enhiestos y ondulantes, los campos de trigo solitarios, como un reguero de miel bajo el añil abovedado. En el silencio dorado, los cuervos alzan el vuelo al sonido de mis pasos, todos al tiempo, haciendo un ruido como de tormenta y manchando el paisaje con sus trazos de carbón. Al atardecer, la visión de los viñedos rojos es prometedora. Incluso el sol se torna granate al acercarse a su puesta. Sobre el campo escarlata las mujeres dobladas sobre sí, recogen la vid con parsimonia. Las aguas del río reflejan la luz moribunda, lo que hace el paisaje aún más decadente, pero la promesa de vino perdura y despierta mi afán nocturno.

En mi cuarto de Arlés, en la Casa Amarilla, me recuesto en mi cama estrecha a contemplar el techo azul celeste. Me gustan mis muebles, mi silla de paja con su personalidad sencilla, en donde dejo mi pipa y mi tabaco; y la caja con mi nombre —Vincent— en la que mantengo las cebollas. Los

cuadros que tengo en mi cuarto los he pintado yo. A quienes los contemplan les produce una impresión de disgusto por lo geométrico de las formas. Yo sé que la línea recta no existe en éste, el mundo real, sin embargo me gusta usarla en mis cuadros y los objetos las lucen con descaro: camas rectangulares, mesas planas, árboles casi rectos. Y los círculos perfectos, como este sol que pinto asomándose a la ventana cuadrada.

Algunos opinan que los trazos de mi pincel son casi inexistentes, dando la sensación de formas continuas de consistencia densa, como si los objetos se sintieran con pleno derecho a existir: se imponen. Otros me dicen que parecen desleídos, como pintados con colorantes de mala calidad, donde los azules y amarillos pierden su cualidad de tragedia y los colores calmados dominan el paisaje.

Pero los cuadros que más rechazo producen son mis autorretratos. Un rostro que podría ser el mío: un hombre con escaso pelo, a veces con sombrero, con barba rala, rojiza, y que a la gente le parece que tiene ese halo de hiperrealidad, con su simetría y sus contornos definidos, invocando la misma perfección de los otros cuadros. Su mirada desquiciada parece mirar más allá de mí, escrutando el contorno con avidez. Cuando mi oreja derecha se desprendió, me pinté con una venda y fumando una pipa perfectamente definida, suavemente torneada, con la misma autoritaria manera de ser como si su existencia fuera más real que yo mismo. La mayoría piensa que mi arte es sólo la imaginación de un loco, pero lo que no saben es que yo veo este mundo que me mira desde mi lienzo en blanco.

Y es que a veces siento como si éste, nuestro mundo de colores apasionados y contrastantes, de formas voluptuosas y ondeantes fueran los verdaderos cuadros, el producto artístico de ese mundo que nos mira a través de esas ventanas de formas perfectas. Somos la hermosa creación de ese hombre de mirada anhelante, que desde su mundo aburrido

<sup>1</sup> Cuento escrito a partir de su consigna en el Segundo Mundial de Escritura en octubre de 2020. ¡Gracias por la inspiración!

de colores tristes, nos sueña mejorados en una vívida pintura impresionante.

Triunfo final  
Martha Bátiz  
MÉXICO/CANADÁ

*Para María Fernanda Ampuero<sup>1</sup>*

Hundes la cabeza en la almohada a ver si se calla el martillo que esculpe un túnel entre tus sienas, ¡qué cruda! ¿En qué estabas pensando? Ya no estás en edad para esas cosas y lo sabes, pero estar encerrada en casa sin poder salir —encerrada las veinticuatro horas con tu hermana que sí le hizo caso a papá y tiene trabajo y va y viene todos los días como si la vida siguiera su curso, va y viene y te cuenta sobre los pacientes que llegan a su consultorio dental— ya te sabe a tortura. Se suponía que esto iba a durar un mes o dos, pero ya ha transcurrido casi un año (aunque ya te cansaste de contar los días, sabes que son más de trescientos). Te ibas a reinventar, ¿recuerdas? Le dijiste a tu hermana que ibas a aprovechar la cuarentena para reinventarte. Hacer ejercicio, perder peso, dedicarte a lo que quisiste hacer siempre pero no habías podido: escribir. Escribir historias, artículos, textos que alimenten la mirada de los miles de millones de presos pandémicos que, como tú, ya no se asoman hacia la vida por la ventana sino por sus pantallas, esas donde le dijiste a tu hermana que querías ver tu nombre en letras grandes, bajo los más prestigiosos titulares, junto a sellos editoriales reconocidos.

Pero los no por respuesta se han vuelto parte de la rutina, del tedio, del odio.

Lamentamos informarle que su texto no fue aceptado. Recibimos demasiadas propuestas y la decisión fue difícil. Por favor siga escribiendo y vuelva a enviarnos algo más adelante. Eso es cuando contestan. ¿Pero qué le pasa a

esa gente que recibe tantos corazones abiertos y los rechaza, los desecha, los destroza sin compasión?

—¿Tienes algún paciente que sea editor de alguna revista o editorial? —le preguntaste a tu hermana hace unos días.

—No, pero si me llega uno te consigo su contacto —respondió ella mirando al Apio, no a ti, al Apio, ese gato al que quiere más que a nadie y que te mira con desprecio el día entero, al tanto de cada uno de tus reveses que no le extrañan en absoluto.

—No, no quiero su contacto. Quiero que, además del olor a hueso quemado, sientan el de su sangre y su piel trituradas —le dijiste, tu mirada fija en su nuca de bailarina—. Quiero que les saques los dientes sin anestesia, que les taladres el nervio, que les perfores las encías con la fresa.

—¿Estás tomando tus pastillas? —Por fin lograste que despegara su mirada del Apio y la fijase en ti, aunque fuera frunciendo el ceño.

—Claro, ¿por qué lo preguntas?

—No, por nada —y la viste desaparecer en su habitación con el Apio en brazos para descansar después de un largo día de trabajo, de productividad como una navaja contra tu piel, una navaja que, cual pelapapas, te ha ido dejando cuerpo y alma en carne viva.

¿Cuántos días hace de esta conversación? ¿Seis? ¿Ocho? Y de pronto la estocada final. Te deja sola para irse a pasar la noche con Antonio. En plena segunda ola, ¿o ya es tercera? Da igual. ¡Qué irresponsabilidad! Además, tú desde el principio le dijiste que Antonio quería algo con ella, que era obvio, y ella lo negó y lo negó y de pronto esto, ¿cree que te puede engañar, a ti que la viste nacer? ¿Qué se dicen dos dentistas enamorados? ¿Que qué bonitos dientes tienen? ¿Que qué sonrisas tan blancas tienen? Son para morderte mejor, para besarte mejor. ¿Y si esta noche en soledad se transforma en más noches en soledad? ¿Y si se va a vivir con



Antonio y te deja sola? Porque al Apio está claro que se lo llevaría, por supuesto.

—De nada por haberle dado de comer a tu pinche Apio —le gritaste a través de la puerta.

—No le digas Apio, ¡se llama Charly! —te respondió desde el otro lado.

Pero tiene personalidad de apio, no de Charly, pensaste, y Charly sí es un nombre repinche, además de poco original, aunque tal vez sea el que merece un gato común y corriente, callejero, que ahora se siente el rey de la casa. Maldito él y maldita tú, pensaste y te fuiste a acostar también aunque no pudiste dormir, ¿hace cuánto que no duermes?

Hundes la cabeza en la almohada a ver si se calla el martillo que esculpe un túnel entre tus sienes, pero es inútil, así que te levantas de una vez por todas y vas al baño y luego a la cocina por un café. Vas a necesitar unos Alka Seltzer. Tomas un vaso, lo llenas de agua y estás abriendo el gabinete de las medicinas cuando, a través de la ventana, lo ves.

El Apio.

Atado a unos palos clavados en el pasto del jardín.

Desangrado.

Inmóvil.

Crucificado.

Gritas y dejas caer el vaso, que se rompe y moja el piso y te corta un poco el pie, pero no te importa, no te importa porque el Apio está muerto y de esta forma tan horrible, ¿y si los vecinos lo vieron? ¿Y si llaman a la policía? ¿Qué les vas a decir? ¿Qué le vas a decir a tu hermana? ¿Que por emborracharte a solas no te diste cuenta? ¿Cuenta de qué? ¿Qué pasó?

Sales al jardín con una bolsa negra de basura y unos guantes de látex (de esos que trae tu hermana del consultorio para hacer las compras del supermercado) y te enfrentas al

Apio que tiene el pelaje cubierto de sangre seca. Le abrieron el cuello. Le amarraron las patas con hilo dental. Si estuviera ahí la policía diría que esto es una pista. Es personal. Es algo contra tu hermana la dentista, está clarísimo, y así sientes alivio de que no se trate de un mensaje para ti. Un ataque contra ti.

No es nada que tenga que ver contigo.  
Pero tiene todo ver con tu exitosa hermana menor.

El viento frío de la mañana te agita algo dentro. La tienes que proteger, no se puede enterar de esto, la destrozaría. Y justo cuando se fue a pasar la noche con Antonio y va a volver contenta (esperas, al menos, que regrese contenta, más le vale). Tienes que protegerla, es tu deber de hermana mayor, es lo que siempre te dijo papá y lo que le prometiste en su lecho de muerte, antes de saber que le había dejado la casa a ella para que tú no pudieras dilapidarla, o algo así dijo él, ¿no? Algo así le dijo a ella cuando tú no estabas. Eso no tuvo el valor de decírtelo a ti, pero el testamento fue muy claro.

Desprendes la cruz del pasto y así, con todo y cadáver y sin desarmar, la metes a la bolsa y la anudas. El sonido seco del gato muerto y los palos golpeando contra la tierra al caer te da un escalofrío. Tienes que hacer desaparecer la bolsa, tirarla en otra parte, lejos de la casa.

Entras a la cocina de nuevo, limpias los cristales del piso, secas el agua y, con la misma servilleta, te limpias el pie, que te punza un poco. Preparas un café. Te das cuenta de que te tiemblan las manos y respiras hondo para calmarte, y subes a lavarte la cara y vestirte. Es imperativo que te deshagas de todo antes de que tu hermana llegue. Abres la ventana del baño de visitas, al que nadie ha entrado en meses. Tiene una telaraña que deshaces con los dedos y te limpias contra el pantalón de la pijama. Dirás que no has visto al gato. Al

buscarlo se dará cuenta de que tal vez se escapó por esa ventana. Esas cosas pasan. Los accidentes pasan.

Antes de vestirte, recuerdas que hoy se falla un premio literario importante para el que mandaste a concursar un cuento. Enciendes la computadora para revisar tus correos electrónicos, pero el primer mensaje que ves es uno que te enviaste a ti misma anoche. Parpadeas con incredulidad. No recuerdas haberlo enviado. No recuerdas nada. ¿Qué carajos pasó anoche?

Abres el mensaje y lees:

Ten cuidado con lo que haces.

Así, nada más. ¿Ten cuidado con lo que haces? Y de pronto, como si se abriera el telón de un teatro, tu mente se desnubla y te incita a buscar pistas. Abres Google y revisas las páginas que visitaste anoche.

Rituales con magia negra.  
Maldiciones y magia negra.  
Hechicería de amarre amazónico.  
Hechizos de magia negra.

Y recuerdas la voz que te dijo que para triunfar hay que sacrificar algo, y que entre más grande el sacrificio, mayor el triunfo, y a medida que recuerdas vas abriendo los ojos y comprendes lo que hiciste y tu cuerpo se estremece y cada poro de tu piel se eriza y sientes como si un millón de hormigas rojas te subieran por la espalda. Vuelves al correo y, debajo del mensaje a ti misma, descubres otro. Viene del concurso literario. Abres es mensaje y es como si al mismo tiempo te abrieras el pecho, puedes ver tu corazón latir a una velocidad nunca antes sentida, una velocidad imposible, y unas gotas de sudor te empapan la frente. Lees.

La Fundación se enorgullece de comunicarle que ha obtenido usted el Primer Lugar en...

No puedes seguir leyendo. Te llueven los ojos de alegría. ¡Ganaste! ¡Ganaste! ¡Primer lugar! Y como ningún triunfo se obtiene sin ayuda, es justo reconocer ahora a quien te brindó apoyo: ¡Gracias, Apio! ¡Gracias! Estás por ponerte de pie cuando escuchas de nuevo esa voz, la voz de anoche, profunda, cavernosa, carnosa, susurrándote, ¿y con tan poco te piensas conformar? ¿No quieres ser la escritora más exitosa, más leída del mundo? Te paralizas como si alguien te hubiera anclado a la silla y la puerta de abajo que se abre transforma tu piel toda en oídos, oídos atentos a los pasos que suben la escalera, despreocupados, los pasos que te llevarán al sacrificio y triunfo final.

El tiempo de la araña  
María Fernanda Rodríguez  
ECUADOR/CANADÁ

Sigue ahí, en el baño, paseándose por las paredes y el techo. No es difícil vislumbrarla: oscura con patas largas y flacas, de cabeza pequeña pegada al tórax. Parece un tatuaje, un lunar, un sol ennegrecido que la blancura de la pared delata. Es tan frágil que no me ocasiona ni miedo, ni asco. Al principio quise matarla, a puño cerrado, dejarla hecha tan solo una sombra, pero luego pensé en Germán y él lo hubiera reprobado, seguro la hubiese transportado sobre una servilleta directo al jardín.

—¡Muévete! —le grito. Quizá si estuviera en el piso sería más fácil matarla: un pisotón y listo, en cambio en la pared la mancha me recordaría el crimen por siempre. Entonces la dejo estar.

Queda una hora para que todo vuelva a comenzar. Para que todo se repita de nuevo como se repiten las mañanas y las noches, como se repiten las sombras frente al sol. Él entrará en la casa, colgará sus llaves, se quitará los zapatos y me dará un beso, en la frente. «Uff», dirá en tono cansado, «ya quería verte y estar aquí». Luego se sentará en el sofá, frente al televisor y palmeándose las piernas dirá: «Ven acá, amor. Ven» y yo iré y hablaremos de las mismas cosas y luego haremos el amor y pasados dos días de nuevo él se irá, me besará la frente y todo volverá a comenzar como un círculo: las mañanas, las noches, los besos.

Trato de detener el torrente de ideas que se me ocurren para terminar la relación con Germán: me levanto temprano, salgo a caminar con el Benji, voy al yoga, regreso y tomo una ducha, preparo el desayuno y me siento a escribir. Cuando me doy cuenta que las horas no transcurren como debieran,

entonces me levanto a limpiar mi casa, me pongo a mover los muebles, y en estos últimos días que la araña ha estado presente, hasta le hablo: «será que eres el fugitivo del amor, quizá la devoradora. Será que te escondes para no ser el alimento que hace falta posterior al amor o quizá eres quien descansa luego de esa gran cena. ¿Eres araña o arañero?», le digo, y me río de las cosas tan absurdas que se me ocurren en soledad. Esas cosas tontas que digo y hago para evadir este sentimiento de hastío, estas ganas locas por dejar a Germán.

Al principio estuve a gusto con vernos solo los fines de semana. Acepté sin preguntar porque pensé en esto como un milagro, un regalo y los regalos se aceptan sin preguntar o, como decía mamá, «sin chistar»: qué alguien se haya fijado en mí, qué un hombre después de conocerme en un esquina me quiera de fija y no de casual, eso es un verdadero obsequio.

Qué frontera será más alta que la ausencia. Hemos pasado años juntos y cada tanto me pongo especial, extrañando la vida, la libertad. Él me dice «rara». «Ya estás rara, extrañando la esquina de donde te recogí» Pero no es eso. Él sabe que no extraño esa vida, sino otra vida. Extraño la vida que soñé para mí cuando era chica. He llegado a esa frontera altísima y siento vértigo. La altura me deslumbra, me marea.

La araña ha hecho su nido en la esquina más alta de la pared del baño. Después de tanto recorrer encontró un lugar para esconderse. Es arañero. Ama y escapa. Ama, corre y se esconde.

Ha llegado el momento y todo vuelve a comenzar. Escucho el cerrojo, él cuelga sus llaves, deja a un lado los zapatos, me mira y me da un beso, en la frente.

«Uff, ya quería verte y estar aquí», me dice. Se sienta en el sofá y palmeándose las piernas me llama:

«Ven acá, amor. Ven»

Yo voy y le cuento de la araña.

Doña Maye  
Beatriz Ramirez  
MÉXICO

En aquel lugar, parecía que el tiempo transcurría lento, con las calles de tierra empolvadas y solitarias, en donde solo se escuchaba el chiflar del viento que se colaba entre las ventanas de las casas abandonadas, con puertas despintadas, arbustos secos y norias olvidadas.

Ahí vivía la vieja doña Maye, en un tejaban humilde, construido de maderas viejas y techo de láminas a medio caer. Parecía que el entorno se convalecía de ella y secundaba su tristeza, la vida le había traído muchas adversidades y aunque la inocencia de mi corta edad me impedía preguntarle, sabía por pláticas en el vecindario que tuvo una triste historia.

Se hizo cargo ella solita de sus seis hijos en medio de la cruda pobreza, no pudo elegir, no hubo de otra, pues a su esposo, Don Remigio, lo mataron al defender sus tierras de los desgraciados hacendados que todo les quitaron.

De los chamacos, ninguno llegó a grande, Doña Maye los tuvo que enterrar a todos, las enfermedades y el hambre desgraciada, no fueron indulgentes; con cada uno que se le iba, parecía que ella se secaba por dentro y por fuera, de a poco, hasta que su rostro endureció como piedra.

Así pasó los años, solitaria y callada, indiferente de los días que pasaban aletargados como un gusano quemador.

La recuerdo siempre con un cigarro en la mano, pues fumaba y fumaba; creo que el vicio se le fue enraizado ante las desavenencias que tuvo que enfrentar. Se sentaba en su vieja silla de paja, en el silencio del mediodía, cuando sólo

se escuchaban las palomas con su canto lastimero y el crujir de la leña en el fogón que cocía los frijoles a punto de hervir.

Sacaba sus cigarros del bolso de su vestido de manta medio percutido, los abría con sus manos arrugadas y temblorosas, con las uñas nejas de tanto moverle al tizón. Encendía el primero y entonces parecía extraviarse mientras fumaba, mirando hacia la nada, como si en su mente conversara con el tiempo, haciéndole preguntas, o quizás, tratando de reconciliarse con él.

Creo que finalmente llegaron a un acuerdo, pues la edad comenzó a disiparla, ella parecía aceptarlo, fue respetuosa de las cosas que debían suceder, no se le resistió en lo absoluto, hasta parecía quererlo y se fue desvaneciendo lentamente, como se desvanece el sol al final del día.

No hubo quien le llorara, se la llevaron los de la municipal para enterrarla en el panteón más jodido del rancho; una cruz de palo y sin nombre se le dio por cabecera.

Desde su muerte, aquel lugar terminó por oscurecer: el jarro de frijoles ya no gorgorea, se deshilachó la silla de paja donde solía sentarse, las palomas enlutaron, ya no cantaban, el polvo cubrió cualquier señal de su existencia y el tiempo se detuvo por completo, o quien sabe, tal vez decidió marcharse con ella... para que siguiera platicando con él.



21 días de ti  
Mayela Gonzalez  
MÉXICO

Esta noche quiero hablar de ti, la historia más perfecta que he vivido; de nosotros, la emoción más grande que nunca imaginé; de los 21 días más felices de mi vida.

¿Qué puedo decir? Exactamente hace ocho meses solía creer que se necesitaba una determinada cantidad de tiempo para querer a una persona; tú me hiciste cambiar de opinión.

Recuerdo el primer día como si hubiera sido ayer. El primer día de nuestra corta historia, el primer día de las tres semanas más perfectas de mi existencia.

Estabas ahí de pie con esa sonrisa tuya tan capaz de enternecer a cualquier mujer, con tus gloriosos 21 años en todo su esplendor y con un vaso de whisky en la mano derecha. Fue el destino, no cabe duda.

Nuestras miradas se cruzaron en un instante que pareció eterno y lograste cautivarme. Bien hecho, era mi turno.

Necesitaba conocerte, hablarte, saber de ti. Puse mi plan en marcha y tres traviesas sonrisas bastaron para que te acercaras a mi mesa y comenzara el inicio de mi "amor de otoño". Sí, aún suelo llamarle así a lo que sea que hayamos tenido. Fue como ese fantástico amor de verano del que todos hablan pero, ¡oh, sorpresa!, sucedió en octubre.

Empezó de la manera más inocente que te puedas imaginar, lo juro, yo sólo asistí a ese lugar con la intención de pasar un buen rato bailando con mis amigas y olvidar todos mis problemas, pero apareciste tú.

¿Cómo negarme? Yo era inexperta en la materia pero claro, eso no es justificación.

Platicamos como dos perfectos desconocidos con el único objetivo de saber más el uno del otro. La música sonaba a todo volumen a nuestro alrededor y, sin embargo, seguíamos escuchándonos perfectamente.

Mi sorpresa aumentó cuando mencionaste que trabajabas en ese mismo lugar en el que nos encontrábamos y que nunca me habías visto por ahí. Claro, era la primera vez que visitaba el sitio. ¿Por qué había esperado tanto tiempo para ir?

La noche transcurrió de la manera más “normal” que se pudo. Bailábamos y el alcohol comenzaba a hacer efecto en nuestros organismos. De un momento a otro ya estábamos abrazados, moviéndonos al ritmo de la música.

Simplemente no sé en qué momento ocurrió. Una de mis amigas gritó un fuerte “¡beso!” y uno de tus amigos juntó sus labios con los de ella. Me miraste y retrocedí, pero tus manos sujetaron mi cintura con fuerza y me pegaste a tu cuerpo.

El alcohol hizo acto de presencia, sentí tu cálido aliento chocar contra mis labios y sucedió lo inevitable. Ahí estábamos los dos besándonos como si no hubiese mañana. Nuestros labios se sincronizaban a la perfección y nos exigíamos cada vez más y más.

Mi primer beso con un desconocido. Vaya manera de rematar una noche “perfecta”. En fin, somos jóvenes, ¿qué podría salir mal?

A partir de ese momento supe que no había sido simple coincidencia el habernos conocido porque sé que sen-

tiste lo mismo que yo, sé que llegaste a tomarme el mismo cariño que te tuve a ti.

Había llegado la hora de irme y tú me pediste que no lo hiciera, que me quedara más tiempo contigo, que no te fuera a olvidar y que te contestara las llamadas y los mensajes. Obviamente prometí que nos volveríamos a ver.

Esa noche llegué a mi casa y reflexioné acerca de las mejores cuatro horas de toda mi corta vida. He de admitir que pensé que no volvería a saber jamás de ti, digo, todo era demasiado perfecto para ser verdad.

Unos instantes después mi móvil vibró y tu nombre apareció en la pantalla. Sonreí como una tonta.

“¿Llegaste bien?”, decía tu mensaje. “Sí, gracias”, contesté de inmediato mientras aguantaba las ganas de gritar, “ya dormiré, buenas noches” te volví a escribir. “Will you still love me in the morning?” me preguntaste y, claro, yo quería gritar a los cuatro vientos lo emocionada que me encontraba en esos momentos.

Esa noche dormí feliz.

Unas horas más tarde acordamos que nos veríamos al día siguiente. ¡Dios mío! ¿Qué iba a pasar? No podía más con los nervios.

Finalmente volvimos a vernos y, ¡wow!, seguías igual de apuesto que el primer día. Platicamos de cosas sin sentido como buenos amigos, como si nos conociéramos de años. Admito que ha sido una de las mejores tardes que he pasado.

Los días pasaban y nuestras charlas continuaban. Nos veíamos de vez en cuando y todo marchaba a la perfección. ¿Cómo olvidar esos largos paseos por el parque

mientras platicábamos sobre nosotros? Y esa vez que salimos y, casualmente, algunos de tus amigos (y sus novias) se encontraban también ahí. Nunca me dejaste sola ni me hiciste sentir mal, eras tan perfecto.

Esos días que iba a la escuela a visitarte y no entrabas a clases por estar conmigo, ¿cómo olvidarlos? ¿Cómo?

El día número 19 dijiste que me querías y ¿para qué negarlo? Yo también te quería. Te juro que en mi retorcida y fantasiosa imaginación sabía que todo iba en serio, que algo bonito iba a resultar de todo eso.

Sin embargo, la despedida fue dura. No te culpo y tampoco me culpo a mí; fue el destino el encargado de separarnos.

Me gusta recordarte y usarte como fuente de inspiración, revivir una y otra vez esos momentos en mi cabeza, esos instantes que muy difícilmente podré llegar a olvidar algún día. No es que no pueda olvidarte, es que no quiero hacerlo.

Tú eres una de esas historias que se recuerdan con alegría y emoción, sin rencor. ¿Cómo odiarte si me diste algunos de los mejores momentos de mi vida?

El día 21 fue nuestro detonante perfecto. Se acabó. No había más. No habría más sonrisas ni palabras bonitas; no habría más besos ni tampoco abrazos; no habría más de ti ni de mí; tampoco habría más de 21 días de ti.





# Microrrelato





Factores  
Bryan Barona  
PERÚ

El hijo esquizofrénico (tan solo un muchacho joven) de una reconocida escritora latinoamericana se arroja desde la azotea de un elevado edificio ubicado en medio de la plenitud de Nueva York. Concita, el hecho, gran estrépito o esa natural vorágine de transeúntes o testigos allá abajo, en las cosmopolitas calles estadounidenses (gritan, lloran o berrean alaridos ajenos a una meridiana empatía o compasión ante el desconocido que ha saltado con pulsantes o urgidias intenciones hacia el abismo proyectado por su propio abismo; gritan, lloriquean, se desgañitan los pulmones y un etcétera así en idioma indefinible o de plano horrendamente inescrutable: los gringos y también los foráneos —latinos, asiáticos— que contemplan —en semejante muchedumbre— inútiles, desapacibles y perplejos). Ella (la popularísima escritora), llegado cierto momento de su vida (que ya no es ni en cercanía remota suya sino de la absoluta ausencia de aquel precipicio de la azotea del edificio neoyorquino y asimismo de la pantalla de su ordenador en determinada pero recóndita casa del Caribe), acaso algunos cuantos meses sucedidos entonces desde el lastimero punto de los acontecimientos (el lánguido y furibundo azote del cuerpo contra el cemento de la avenida, el coro de fisgonas voces oscuras y amarillentas sobre susodicha acera, el velatorio gracias a escasos amigos estudiantes en un país impropio; otro etcétera además con tintes algo políticos o expatriados), decide —en sus millas de distancia— trasuntar tal dolor de la pérdida irrevocable a un libro donde se destaje y, a su vez, paradójicamente, suture a minuciosas y minúsculas junturas de palabras su alma de madre ahora sin hijo paciente clínico-mental; sin ningún terro delirio que pueda continuar acunando ahora ovillado éste como la locura insufrible y fulminante de una negra lágrima justo en el corazón dentro de su corazón (una imagen lite-

raría vesánica aunque por completo entrañable o al menos justa y exacta —según la escritora en cuestión— de la misma poesía y sus adioses trágico-radicales o a mitad de uno de los párrafos que golpetea —machaca, tritura— con la yema de los dedos en honor y memoria a...). Al lado del rectángulo pequeño que es el teclado y el *mouse* —concordantemente de dos azules muy densos cual fragmentos de una noche manipuladora y escurridiza, movible de un terreno a otro—, el sí mediano retrato de un chico de edad poco madura con una sonrisa despampanante en su anchura bucal y las esquinas de las comisuras que se le desbordaban en unas ansias detonantes, adimensionales, fuera de órbita; los rizos castaños de un cráneo un tanto hendido, los bellos (harto llamativos) hoyuelos en asterisco intermedio de los cachetes y aquel barranco de una soledad forastera con cientos de dólares a último instante en ambos bolsillos del pantalón mezclilla, con imágenes profanas y blasfemas (vaya enfermedad psiquiátrica que no miente y devela premoniciones) de su caída prorrumpida a la nada.

Identidad  
Joyce Falquez  
ECUADOR

Este era un cuento con cientos de personajes y diversos lugares, una gran historia en decenas de páginas. Ahora es solo un cuento con ningún lugar en particular, y solo con un personaje... que no tiene nombre.

Se preguntará, ¿qué pasó con el cuento?

Todos estos cambios se deben a que en la realización de dicha historia surgió un problema entre autor y personaje. El "sin identidad" no está de acuerdo con los nombres que le ofreció la autora. Pasaron desde Aarón hasta Zamar. No llegaron a ningún acuerdo. Hubo serios problemas burocráticos y legales por la autoría de originalidad en los nombres y por el poco protagonismo dado en la historia a contar.

Los demás personajes empezaron a realizar huelgas en forma de apoyo y otros también comenzaron demandas contra la autora por el uso indebido de ellos en su cuento. Carteles se alzaban en contra, gritos apoyando la creación de un nombre para un mejor desenlace y un mejor cuento. Todos gritaban al mismo tiempo: ¡NUEVAS IDEAS, NUEVAS IDENTIDADES!

Otros se mostraban indiferentes hasta que un pequeño grupo formó una campaña electoral para poner fin al problema. Los dos bandos empataron con el 50% por elección popular. Al final no lograron ponerse de acuerdo; nuestro protagonista también los rechazó.

Entonces al ver que el cuento no continuaba, o ¡ni siquiera lograba empezar!, se fueron cansando. Uno a uno los personajes fueron abandonando su trabajo. Fueron a otros

cuentos donde participaban en una historia más lógica, que pareciera real. Se mudaron a otros libros con menos problemas burocráticos o aceptaron los caprichos de sus compañeros. Algunos tuvieron suerte y consiguieron protagonizar novelas y cuentos que en poco tiempo fueron *Best Sellers*.

Pero todo esto no afectó a mi personaje. Él posee carácter, es por eso que decidió ponerse un nombre. Muy ágilmente pasó de cuento en cuento, de página en página, esquivó miradas, pasó de escenario en escenario tratando de no meterse en el conflicto de los cuentos ni formar parte del final. Pasó sin ser detectado por la Autora. Solo se llevaba lo que necesitaba de cada cuento: una letra. La autora no lo notaría, y nadie se quejaría. Después de todo, una letra menos puede ser error de impresión, de tipeo, un monstruo que se lo comió... Muchas posibilidades, ninguna que fuera él.

De letra en letra consiguió su nombre. Pero los demás personajes de los otros cuentos lo acusaron con la autora. Ella quiso perdonarlo, sólo debía devolver las letras hurtadas. Sin embargo, él se rehusó a entregarlas y se llevó a cabo un juicio que terminó encerrándolo al final del libro.

El cuento nunca pudo realizarse, fue cancelado por falta de personajes. La Autora decidió ya no crear personajes tan conflictivos de ahora en adelante. De vez en cuando, lo visitaba en su celda; después de todo, las letras y las palabras no las posee nadie. Es por eso que le ofreció una página frente a su celda, para que pueda verlas. Incluso el Comeletras le regaló una tilde y por fin obtuvo su identidad tan deseada: Anónimo.

## Caperucita reloaded

Kathy Serrano

PERÚ/VENEZUELA

Mañana al amanecer me liberaré. Armada hasta los dientes, me ocultaré en algún lugar del callejón que da hacia la puerta trasera de tu empresa. Por radio, Blancanieves dará la orden de ataque. Bella Durmiente ya estará en la azotea del edificio del frente con la mira apuntando al lugar donde, en unos minutos, estará tu cabeza recostada en el sillón de tu oficina. Eres un animal de costumbres. A la misma hora de siempre dejarás el auto a dos cuadras. «Lobo Feroz entrando en la casita de la abuela» será mi señal cuando te vea atravesar el callejón, abrir la puertecita por donde ingresarás junto con Popeye y Olivia, tus nefastos asesores. Mañana se acaba este cuento maléfico y yo, tu Caperucita, cambiaré la historia. Ha llegado la hora del Lobo. El próximo será el Príncipe.

Los gatos  
Lupita Castillo  
PERÚ

En el ocaso de una tarde lluviosa, el silencio suspendido gravita en días castañuelas; los montes lejanos levantaban sus cúspides, casqueadas de espanto, entre la selva temblorosa bajo el brillo de los astros, dolorosa, cuyos gajos gimen sangre al golpe de las hachas, secreto de pobladores, miembros de fatuos rituales, desdibujando enigmáticos cantos y danzas por centurias flotando hacia ninguna parte.

Viborea el relámpago sobre el suspirante y agónico río, escondrijo del céfiro inquieto deambulando en el peque-peque, cubierto de estrellas y cometas desnudando memorias que ha abolido el pasado; se queda dando vueltas como un éxodo mudo...

[Y despierto, casi rota, el reloj se desordena en el viaje], pasajera de pecados que no recuerdo, medio loca me quedo en casa con mis gatos.

## La angustia de Hafiza

Elisa T Hernández

MÉXICO

Por causa de la luz, resplandecía su perlada cara y estaba parcialmente cegada. De pie, sola, inmóvil, no podía hacer mucho. Por primera vez su cabeza estaba estéril y su corazón siempre en tormenta, ahora se ostentaba yermo.

El concepto de todo en un punto lo conocía perfectamente, pero era algo extremo comparar su sentir con esa premisa. Un punto no tiene dimensión, ni longitud ni área ni volumen, es más, ni siquiera es un objeto físico; además, ella no experimentaba todo ahí en ese ilusorio lugar, sino que conocía perfectamente dónde se agolpaba la intranquilidad.

Pensándolo bien... ¿todo? Todo era demasiado; apabullante, a decir verdad. El examen de historia y de matemáticas, la primera menstruación, un perrito atropellado por el tren, la muerte de Sor Juana, la extinción de los dinosaurios, la gran migración y el día que más lloró. ¿Todo? Ojalá hubiera sentido en ese preciso momento los besos de su madre y el sabor de la sopa de su abuela, o el pasto rozándole la piel y la brisa en la cara. Hubiera estado deseosa de apreciar el Big Bang y la flor de loto naciendo en Nepal. Qué ganas de coincidir con el primer respiro de la tortuga emergiendo de su casa de calcio y tener la paciencia para ver la milenaria roca sedimentaria formarse en un instante. Pero no, lo que percibía no era todo, era congoja y sabía en dónde se ubicaba, estaba apelotonada en esos dos centímetros cúbicos de carne y hueso.

Estando ahí, comprendió que la cantidad de pensamientos angustiantes que caben en un segundo puede ser la misma que tiene lugar en toda una vida. Su juicio y sentir ya

no estaban donde debían, toda la ansiedad se había ido a un trozo de su cuerpo.

Tercera llamada y se esperaba un sonido: el primero, luego vendría el segundo y el tercero, pero nada. El silencio se apoderaba del espacio y competía en vastedad con su inquietud.

El público contenía la respiración y en una especie de paro cardíaco colectivo, esperaban el frotamiento de los crines de caballo envueltos en brea sobre el hilo de acero presionado. En el recinto, se yuxtaponían dos dimensiones temporales.

Pero allí, en la tercera falange del dedo más pequeño de la mano izquierda, en ese ápice que parecía más óseo que carnoso, se agolpaba la angustia de Hafiza.







# Testimonio



## Expulsiones

María Mínguez Arias

ESPAÑA

Que yo recuerde, la primera expulsión realizada por mi cuerpo fue la de la electricidad. Ocurrió cuando jugaba con unos amiguitos en el cuarto pegado al garaje en la planta baja de casa. El único objeto con vida dentro de aquel *mesón* blanco y diáfano concebido para las celebraciones era un piano eléctrico de madera que había que enchufar a la pared muy improvisada y precariamente con dos cables pelados cada vez que alguien quería tocarlo. Lo primero que había que hacer era asegurarse, y esto era lo más importante, de que el interruptor del piano estaba en *off* antes de introducir los largos filamentos de cobre de cada uno de los cables en su agujero correspondiente. Para desenchufarlo, se repetía la misma operación un tanto a la inversa: primero había que asegurarse de que el interruptor del piano volviera a estar en *off* y luego se tiraba de los dos cablecitos que sobresalían de los agujeros del enchufe y se dejaban caer sobre el suelo de cemento, hasta la próxima. Cuando no había ningún adulto alrededor, la encargada de enchufar y desenchufar el piano era la hermana mayor, es decir, yo.

Eran los años setenta, cuando los hijos viajaban sin cinturón de seguridad, y se emborrachaban a escondidas bebiéndose los restos de los cubalibres de los padres, y respiraban el espesísimo humo de los cigarrillos que acompañaban a los adultos durante las sobremesas y los largos viajes en coche al pueblo para ver a los abuelos. Todo muy propio de la década.

Imagino que, por ello, en esa casa donde están a punto de acontecer los hechos, coexistían un enchufe sin clavija y una electrocución en potencia.

Debía de ser domingo porque yo vestía mi pesadísima falda de pliegues de colegiala, los leotardos blancos y los zapatos azules con la hebilla al lado. Otra razón por la que sospecho que era domingo es porque jugaba con un grupo de amigos nada habitual, lo que significa que seguramente habíamos asistido a alguna comunión o boda y después, como de costumbre, la fiesta había terminado en nuestra casa. Andábamos todos los niños trasteando en el *mesón* cuando Jorge, dos o tres años mayor que yo, se sentó al piano y lo encendió. Al no funcionar, me miró interrogante. Le expliqué que había que enchufarlo a la pared y me aseguré de que el resto del grupo, todos más pequeños que nosotros, se alejara del enchufe. Luego miré a Jorge muy seriamente y le pedí que se asegurara de que el interruptor estaba en *off* y que no volviera a tocarlo hasta que yo se lo dijera. Pero a Jorge le pudieron las ganas o el saberse más mayor o experto en cables que yo y, justo cuando me disponía a introducir el segundo cable en el enchufe de la pared, le dio al interruptor.

Décadas más tarde, con la sabiduría que da Google, me dispongo a estudiar la fisiología de la expulsión de la electricidad en publicaciones como el Manual Merck y la *web desenchufados.net*. Sí, ¡de-sen-chu-fa-dos punto net! Aprendo que sufrí una descarga eléctrica de 220 voltios de corriente de baja tensión y que sólo se considera alta tensión a partir de los 500. Que las corrientes eléctricas pueden ser continuas, como en las baterías, o alternas, como en los circuitos eléctricos de los hogares. Que las continuas viajan en una sola dirección y las alternas cambian de sentido entre 50 y 60 veces por segundo. Así me entero de que la corriente expulsada por mi cuerpo fue la alterna. Según el Merck, esta es la más peligrosa porque en vez de causar, como haría la corriente continua, una sola contracción muscular, a menudo lo bastante intensa como para apartar a la persona de la fuente de electricidad, causa una contracción muscular continuada que a menudo impide que la persona pueda soltar la fuente de electricidad. Descubro que, como la corriente alterna cambia de dirección continuamente, en vez de los términos tan comúnmente

utilizados de *entrada* y *salida*, debemos de usar los de *fuerza* y *tierra*. También descubro que, dependiendo del tiempo de exposición, existen umbrales por los que pasa la corriente y que las respuestas del cuerpo pueden ir desde la quemadura de la piel, a las contracciones musculares lo bastante potentes como para arrojar al suelo a la persona, hasta la parada cardiorrespiratoria. Resulta que el cuerpo es un estupendo conductor de la electricidad y, como ésta tiende a viajar por los lugares donde encuentra menos resistencia, suele pasearse especialmente por los nervios, los vasos sanguíneos, los órganos vitales. Me sorprende muchísimo descubrir que la electricidad es tremendamente vaga, que carece de picardía e incluso de iniciativa. No quiero ni imaginar lo que habría pasado aquel día de haber merodeado con intención por los interiores de mi pequeño cuerpo de ocho años.

Lo único que recuerdo del momento en que Jorge le dio al interruptor es un tremendo chispazo en la mano. Al chispazo le siguió la nada que acompaña a la inconsciencia. No sé cuánto duraría la nada porque aquella descarga no es algo de lo que hablara después con los niños allí presentes, mis únicos testigos; pero la electricidad y yo debimos de pasar por varios umbrales en muy pocos segundos o milésimas de segundos. Recuerdo abrir los ojos y encontrarme tumbada de espaldas en el suelo. Recuerdo una quemazón en la mano y los dos dedos que sujetaron el cable, chamuscados; mis huellas dactilares, desaparecidas. Recuerdo levantar la cabeza y ver que me faltaba un zapato. Recuerdo a alguien recogéndolo y entregándomelo. Entre la *fuerza*, la *tierra*, y la pereza de la corriente eléctrica hay un zapato que seguramente de mal abrochado me salvó la vida. Recuerdo mirar a Jorge, querer decirle que *esto es lo que pasa cuando no te aseguras de que el interruptor está en off*, pero también recuerdo no decir nada e irme a abrazar a mi madre al piso de arriba dejándolos a todos allí: inmóviles, mudos, asustados, maravillados.

Ciudadanías  
María Florencia Aliaga  
ARGENTINA

No quiero viajar, trasladar el cuerpo del punto A al punto B, para volver en sentido contrario al origen, al que pocas veces valoro mejor que el novedoso destino, quizás con las valijas más cargadas, la memoria del móvil llena y los sentidos hastiados del goce, pero siempre errante, volviendo al hogar, como perro arrepentido, como hijo pródigo.

Quiero yo pertenecer a un lugar, como quien habita una casa, elige sus muebles, clava sus cuadros, y la hace suya a fuerza de vivirla, cuidarla y perdonarle sus pobreza. Porque a toda casa, como a las personas, hay que aguantarle sus mañas, humedades y goteras.

Muchos conocen Roma, Nueva York, París... ¿Cómo son quienes viven y mueren allí? ¿Qué almas ocupan esas ciudades inabarcables? ¿Quiénes se atreven a surfear su fuerza indomable? ¿Quiénes tienen la valentía de moldear sus mapas y levantar sus muros?

¿Quién decidió, como un dios, el punto exacto desde donde se pelearía cuerpo a cuerpo con la barbarie, el lugar para la primera plaza, la piedra donde se clavó la cruz primigenia?

Quiero encarnarme en una urbe de infinitos rasca-cielos y antiguas iglesias, llenar de aire mis pulmones, y respirar su ser y su perfume, haciéndola parte de mí, desconociendo donde termina mi cuerpo y comienza mi gran aldea, extensión de mis luces, mis pensamientos, vicios y pecados.

Quiero ser revolución, refinamiento, vanguardia, mar, literatura, ritmo, movimiento. Quiero encontrar el amor y perderlo, y luego volverlo a encontrar. Quiero ser épica,



arte, filosofía, paisaje, innovación, museos, parques, rituales,  
multitudes,  
y también pasado y futuro.

Todo menos este ser provinciano y mediterráneo,  
que trepa por mis extremidades,  
oxidando mi paso, avejentando los sueños, nublan-  
do el pensamiento  
y adormeciendo los sentidos.

En las grandes ciudades,  
jamás es tiempo de una siesta.

Heridas  
Ani Palacios  
PERÚ/EUA

He venido pa'que me hieran, pa'que me digan cosas acerca de mí que no son verdad, que nunca fueron verdad. He venido pa'que me rompan, pa'que me hagan recordar porque me fui en primer lugar. He venido pa'que me usen, pa'que me expriman como nunca lo hicieron, pa'que me saquen el jugo y se lo beban y me dejen toda estrujada, arrugada el alma, en medio del camino. No he venido pa'ser héroe. He venido a pagar mis deudas, años acumulados de deudas en el extranjero, en el purgatorio donde se vive bonito. He venido pa'que me conozcan, en las crisis es donde nos conocemos de a veritas... *veritas... veritas lux mea*. La verdad es mi luz. He venido pa'que me hieran, pa'que en esa dulce venganza encontremos juntos la verdad.





La Antología de la FIL Ciudad de Nueva York es uno de los proyectos fundamentales dentro de las iniciativas de nuestra Feria, y su objetivo es proveer un espacio de visibilidad y desarrollo para las voces emergentes, así como un punto de encuentro para escritores y apasionados de la literatura en español. Así pues, a lo largo de estas páginas, una pléyade de autores nos conducen, mediante cuentos, microrrelatos, poemas y testimonios inéditos, en la construcción de una comunidad asentada en un entendimiento común y sin límites.

Stephany A. Cadena Cornejo  
Coordinadora General  
FIL Ciudad de Nueva York 2021



artepoética  
press   
[www.artepoetica.com](http://www.artepoetica.com)

